

# CLAUDIO MAGRIS

## El Conde y otros relatos

TRADUCCIÓN DE MARÍA TERESA MORALES

narrativa  
el club



# **EL CONDE Y OTROS RELATOS**

**CLAUDIO MAGRIS**

TRADUCCIÓN DE MARIATERESA MENESES

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Il Conde (El conde)  
© 1993, CLAUDIO MAGRIS  
All rights reserved  
La portineria (La porteria)  
© 1995, CLAUDIO MAGRIS  
All rights reserved  
Le voci (Las voces)  
© 1988, CLAUDIO MAGRIS  
All rights reserved  
Essere già stati (Ya haber sido)  
© 2005, CLAUDIO MAGRIS  
All rights reserved

Traducción  
©MARÍA TERESA MENESES

Primera edición: 2014

Imagen de portada  
Marina di Carrara, 1930, 70 × 90 cm.  
Proprietà Ballerini, Milano, Italia. © CARLO CARRÀ, VEGAP, Madrid,  
2014.

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V. 2014  
Paris 35 A  
Colonia Del Carmen,

Coyoacán, G.P. 04100, México, D.F.

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
c/Los Madrazo, 24 semisotano izquierda  
29014, Madris, España

[www.sexto piso.com](http://www.sexto piso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
KADMOS

ISBN: 978-84-16358-47-2  
Depósito legal: M-28030-2024

Impreso en España

# EL CONDE

A Marisa

Sabia que tarde o temprano alguien también vendría a buscarme. No es que me importe mucho, pero hay una justicia en este mundo y, a la larga, las cuentas casi salen parejas para todos, como cuando al final de la temporada de pesca se echan números y los dineros que se tienen para derrochar en la taberna son más o menos los mismos en todos los bolsillos, por lo menos para la gente normal y corriente. Ahora bien, yo no tengo un sobrenombre y ni siquiera un retrato allá en el pueblo, en la cafetería del Círculo, plagado de moscas. Pero escuche cómo cae toda esta lluvia, que no para desde ayer por la mañana, viene del mar, ¿cómo quiere que le importe a uno, con esta agua por todas partes, arriba y abajo, dentro de la ventana y muy pronto dentro de la camisa, que ya casi no se sabe dónde queda el cielo, dónde el río y dónde el mar, cómo quiere que le importe a uno, no sé si me explico, si la gente o los periódicos llaman Conde, o bien, el Conde del río, a él o a otro?

De todos modos, apenas pasa algo, uno ya no sabe a quién pertenece y a quién concierne. Si pienso en las primeras veces en que salí a pescar con mis hermanos y los demás y en cómo gritaba, gritábamos, gritaba cuando el sedal daba un tirón y el hilo cortaba el agua como una espada y yo era feliz y aplaudía y Nina, que tenía tres años más que yo, me acariciaba y yo era todavía más feliz, ya no sé si esa mano se posaba sobre la mejilla de Manuel o sobre la de Luis o sobre la mía, y quién era el que se sentía feliz, acaso todos o ninguno. Igual que él, cuando la gente y los periodistas y hasta algunas autoridades se retiran, después de haberle hecho tantos cumplidos y fotografías, y se queda solo, qué puede reconfortarlo, solo como un perro, con su Dios maldito e inútil como él, si es que acaso tiene uno, y la carcasa que se

deshace, madera en el agua, que alguien, media hora antes, o diez años antes, le haya dicho «¡Bravo, muy bien, Conde, estamos orgullosos de usted!», de todos modos las palabras se pierden en la noche y en el agua no se escucha nada.

No, ninguna envidia, señor, ni siquiera por aquella sabelotodo que vino a hacerle preguntas con la grabadora, creo que era una alemana, largas piernas tacones altos y todo lo demás en su lugar, como debe ser y hasta más, a mí solamente me ha interesado una cosa de las mujeres, es fácil decirlo, y a estas alturas también yo, al igual que él, soy un pez desdentado, que si se me presenta la ocasión. Dios mío, se entiende, pero si no, ni siquiera se me ocurre, Y figúrese, una así con uno como nosotros, como yo, ¡bah, así es mucho mejor!, un problema menos, no me siento para nada mal. es más. no me hace falta en absoluto. Y si me falta algo, es otra cosa, todo, es esa certeza buena y grande que sólo una mujer te sabe dar, esa alegría, piedad y sonrisa ante la con fusión, y que cuando le apoyas tu cabeza en el seno o antes de dormir sientes su pierna sobre la tuya, tranquila e irrefutable, dejas de sentir miedo del ir y venir y entonces los enredos que el destino debe poner en movimiento para hacerte una mala jugada, incluido el golpe final, te parecen un truco de pobre diablo y también un trabajo de Sísifo. así que sientes un poco de pena por el Padre Eterno y también pides por él en tus oraciones a la Virgen, para que le dé paz. Pero esa mujer no viene ni para dejarse desnudar, y está bien, es una pena pero la entiendo, a eso no se puede aspirar, ni a que ponga una mejilla cérica de la tuya y te ayude a sentir menos miedo. Ninguno de los que vienen a hacerte preguntas lo hace por tu bien, ni siquiera por el suyo, solamente vienen porque la gente no sabe estar en paz y siempre tiene la necesidad de inventarse algo, de distraerse con los dolores y la muerte de los otros.

Sí, seguro, también yo podría ser el Conde, el famoso Conde del río. Conozco de memoria su historia, ¿y quién no la sabe? No digo aquí, en el río. en los ríos y donde confluyen en el mar, y por todas partes alrededor, y más allá, entre la desembocadura del Duero o del Ave hasta los pueblos de Tras-os-Montes, pero también en el mundo, en las barberías con esos periódicos ilustrados y tantas fotografías de mujeres hermosísimas pero que cuando las miras piensas que para ellas hacer el amor debe de ser como ir al ginecólogo. Me la sé de memoria, aquella historia de la que también han hablado los

periódicos, porque también es la mía y algunas veces ya no sé cuál es la diferencia, excepto que él comenzó trajinando resina y trementina en Vila do Conde, bordeando siempre a lo largo de la costa, mientras que yo desde el principio navegaba en el mar de afuera y esos arpones, con los que él después ha subido tantos ahogados, yo los usaba para pescar merluzas, los ganchos eran los mismos. Empecé a los trece años, he estado en tantos lugares, hasta en Noruega.

Sí, todos conocemos su historia, los cientos que. en más de cuarenta años, ha repescado un poco en todas partes, en el Duero y en los otros ríos, en el Sousa e incluso más arriba en el Támea o abajo en la desembocadura o en el mar, oteando a su alrededor como un halcón o palpando el fondo con la pértiga de gancho, porque algunas veces los cuerpos se enredan en quién sabe qué cosas y se quedan debajo y él paciente durante horas y horas hasta que no los descubre y los sujeta de la manera adecuada, con cuidado de no empujarlos para que no se resbalen y se vayan para siempre, aferrándose y acomodándose en el fondo oscuro, en algún agujero, apacibles como en una cuna, y el agua tranquila sobre ellos, una manta. A él siempre le gustó cuando flotaban hinchados a punto de estallar o incluso carcomidos por los cangrejos, listos para ser atrapados y entregados. ¿Escucha usted la lluvia? Cuando es tan fuerte y continua uno termina por no oírla, y tampoco el río y el mar que se estrellan uno contra el otro e incluso si llega la inundación uno repara en ella demasiado tarde y entonces es una buena noche para su, para nuestro trabajo, hay tanta gente que ir a repescar para sepultarla en tierra bendita, porque el agua es amarga de perdición y destruye todo, incluso el recuerdo.

Y además también estaban y están aquellos que se suicidan. Dios sabe por qué escogen el agua, yo más bien me dejaría condenar a la vida eterna como el judío maldito por Jesús, también está la pistola, no, pero quizá yo también he elegido el agua, sólo que en lugar de hacerlo en pocas horas, como ese estudiante que se llenó de piedras los bolsillos y hasta los pantalones, lo hago poco a poco, con toda esta agua dulce, salada y pluvial que me penetra hasta los huesos y un día me saldrá y me ahogará y sofocará desde adentro. Y luego los borrachos, y los vacacionistas que siempre creen que saben nadar, el trabajo no falta y quien escoge como su especialidad la muerte no corre el riesgo de quedarse sin empleo. Incluso todas las medallas que ha recibido, del municipio y de la capitanía y de la pía fundación Dona María De Luz. por

haber sacado a tantos, y esos retratos de ministros y funcionarios que le dan la mano o un premio poseen un aire de funeral, porque toda ella es gente que, si no existiese la muerte, no sería nadie.

Así, él es el Conde y yo... De todas maneras. Ah, ya la ha visto, luego le contaré con lujo de detalles cómo llegó hasta aquí, pero déjeme tomar aire, no puedo cambiar de tema tan bruscamente, mezclando peras con manzanas, se necesita orden. Yo y el Conde, el pez y el arpón, Caín y Abel, incluso si con la lluvia y el agua que sube los dos somos, ahora, unas pobres bestias asustadas en el arca de Noé, y además me parece que la nuestra, a diferencia de la otra, se hundirá pronto y buenas noches. Yo, al Conde, ni siquiera lo habría conocido. Dios mío, bueno sí, un poco sí, es natural, por aquí nos conocemos todos, pero no me habría acercado a él si la barca de mi padre no hubiese terminado en los escollos de las Sorlingas, aumentando la lista de aquellos cientos de náufragos que han ido a parar entre aquellos islotes, no entre Tresco y St. Mary's, entiéndase, eso es un paraíso de flores y pájaros, iris y lirios azul violeta y cormoranes y correlinos y estorninos que se acercan a comer a tu plato y en primavera el agua celeste rompe blanca sobre la arena de granito y resplandece, un puñado de polvo de oro, y todo es terso e inmóvil y te dan ganas de quedarte allí para siempre y dormir cien años, sino del otro lado, en el mar de afuera, uno de los lugares más malditos del mundo donde incluso el marinero más valiente se dispone a dejarse la piel sin que la gente en la orilla, como decían las malas lenguas una vez, sienta la necesidad de amarrar una lámpara a la cola de un asno y hacerlo caminar por toda la playa para atraer la nave a los escollos.

De la barca de mi padre no se encontró casi nada, solamente dos travesaños para hacer una cruz o un luego para calentarse; de la carga no quedó nada y mi padre había invertido todo en ella, hasta la casa y las sillas había empeñado, igual es un viaje con el que finalmente nos volvemos ricos, repetía, y ni siquiera nos quedó un sedal para pescar en el estanque y mi madre que perdió la cabeza y decía que era una vidente y recorría las calles anunciándoles a todos la mala suerte y terminaba apedreada. Mis hermanos que si te he visto no me acuerdo, buscando fortuna en el mundo, pero yo no tuve el coraje de dejarla sola porque un instante sientes que ya no puedes más y los otros de inmediato te hacen pedazos, y me quedé, un trabajito por aquí y otro por allá, pescaba un poco, un poco arreglaba algunas barcas e iba a descargar el atún a



las bodegas de Oporto y no me quejaba, no se me ocurría que la vida fuese hermosa o grotesca, era la vida y punto. Fue entonces cuando el Conde, viéndome sin oficio ni beneficio pero despabilado y dispuesto a todo, me propuso que me fuera con él, para ayudarlo en su oficio misericordioso.

El Conde también era bueno, ¿por qué alguien escogería un oficio así si no fuese por bondad? Las más de las veces lo llamaban cuando ya había sucedido una desgracia, como por ejemplo en el Rabagáo para esa barca abarrotada de patatas que se había volcado en mitad del río y quienes sabían nadar, bien, los otros, seis personas, tardamos dos días y medio en encontrarlos y repescarlos. Arriba y abajo por el río, hasta el mar, casi tres días, dejándonos llevar por 3a corriente que los había arrastrado hasta quién, sabe dónde y desde lejos cada tronco que asomaba podía ser uno de ellos, y también cada cosa encajada en el fondo, bajo la barca que corría pacífica. Aprendí algo de él, así es: si quieres encontrar lo que buscas debes dejarte llevar, la corriente el viento las personas que empujan o qué sé yo arrastran todo hacia el mismo lado, la escoba recoge la basura, y allí al final encuentras lo que querías y te encuentras también tú.

Dos días y medio y tres noches, despertándonos ante cualquier sonido, en el agua que lo hace a uno sobresaltarse, porque cuando anda un muerto flotando todo es extraño, calentándonos con el poco fuego que encendíamos para asar un pez o una patata de las que habían terminado en el agua, habíamos sacado un costal entero. También llegamos y salimos al mar, por si la corriente los hubiese llevado hasta allá, podía ver la ola cruzada, donde el río rompía contra el océano y era arrojado hacia atrás, en la noche el horizonte era inmenso y vacío, el sol se partía como una sandía y luego subía un azul verde negro que hacía desaparecer todo y parecía que me encontraba en el fondo del mar como quizá se encontraban aquellos cuerpos. Él me ofrecía de fumar, el cigarrillo le encendía Los ojos, dos carbones bajo las cejas blancas, y luego los cerraba y se quedaba inmóvil como un tronco corroído, o un cocodrilo de esos ríos que hay en África. Alvaro, que ha estado en Angola, dice que estuvo a punto de perder una pierna, pero que eso no era nada en comparación con el miedo a los guerrilleros, porque solamente los hombres logran hacerte sentir verdadero terror.

Me daba poco, apenas lo justo para ir pasando, pero tampoco él se quedaba con mucho y decía que era un oficio misericordioso, porque sin él

esos muertos no podían irse ni al paraíso ni al infierno y lo que le daban era como al sacristán que recorre la iglesia con la bolsa colgada del bastón. De vez en cuando hablaba de esto y aquello, y de toda una familia que había encontrado allí donde el Támeaga desemboca en el Duero y de cómo casi estuvo a punto de no poder sacarlos a la superficie a causa del peso y la saliente del fondo donde se habían enredado, pero al final logró sacarlos dándoles un buen tirón que medio deformó a uno de ellos, total, no quedaban otros parientes que pudiesen quedar conmocionados. Y del profesor falsario que cortó la cuerda después de haber arrojado al agua su ropa y su sombrero, y del cura que al contrario sí se había matado y de los otros que todos saben porque lo ha contado muchas veces en los periódicos, desde que se volvió famoso, que lo han escrito y reescrito. Solamente una vez que le pregunté cuándo cómo y por qué había comenzado ese trabajo, quién había sido el primero y si había sido una desgracia o un suicidio, la cara se le puso roja y me dijo con rudeza que me ocupara de mis asuntos y que mejor pensara en cómo impedir que mi madre se escapara como una loca llevando la mala suerte y también blasfemó contra la Virgen del Buen Viaje.

Con excepción de esto, también era bueno y hablaba con respeto de los muertos y hasta de los suicidas, a quienes de entrada, si podía, hacía pasar por accidentados, con tal de que fueran sepultados en tierra bendita; ya luego contaba la verdad, que, cuanto más terrible, más le gusta a la gente. Y hasta casi era tierno cuando recordaba a esa niña que había sacado abrazada a su abuelo, quien se había arrojado para salvarla y la había depositado en el fondo de la barca arreglándole el cabello y poniéndole unas flores sobre el pecho, bajo esa boca inocente que ni siquiera el miedo a la muerte y el agua habían podido mancillar. Pero si la conversación se desviaba hacia alguien de la aldea, ya fuera hombre o mujer, joven o anciano, siempre había de qué reírse y los ojos se le tornaban malévolos cuando decía que uno robaba, el otro fornicaba con su cuñada y otras cosas malas, como que José, el zapatero, era un espía de la guardia republicana o que Antonio, el molinero, arrojaba ratas muertas en la harina y las molía, así, sólo por maldad.

Cuando su pértiga tocaba algo que no quería desengancharse, yo tenía que desnudarme, ponerme un traje de caucho, amarrarme un par de pesos en las caderas y lanzarme al agua, sosteniéndome de una cuerda. Allá abajo me ponía a trabajar y cuando lograba desatascarlo tiraba de la cuerda, como señal, y me

subía. El ahogado también subía conmigo, unas veces ya medio deteriorado, otras todavía con su piel lisa, dependiendo del fondo, la arena te conserva mejor, porque está fresca, mientras que el fango te pudre más rápido. Es divertido allí abajo, no da miedo, los muertos no son muy diferentes de los vivos, pues bajo el agua también ellos ponen los ojos en blanco y además todo está inmóvil, como detrás de un vidrio, de un acuario, que una vez fuimos a uno y para nada me parecía que eso fueran peces, de lo diferentes que eran a los que ves escabullirse desde la barca.

Me parecía natural que allá abajo hubiera muertos, porque bajo el agua es el reino de los muertos y todo es lento, inmóvil. Me venía a la mente aquel novicio del que me hablaron en Zennor, en Cornualles. que cantaba salmos, pero una sirena, en la gran ensenada violeta, lo atrajo hacia el mar con sus canciones, y en la iglesia de Zennor, alta sobre el acantilado y el mar estuve allí cuando llevábamos vino y aceite antes del cataplum de mi padre, también se encuentra la efigie de la sirena, y yo creo que ese novicio allá abajo en el fondo con ella ha sido feliz, pero muy en el fondo, donde no se alcanza a escuchar ni la campana de la iglesia ni el canto de la sirena y hay silencio y paz y sólo un ligero y atenuado vaivén.

Poco a poco nos fuimos volviendo inseparables, él yo y los ahogados y la barca sobre el mar río, que no sabe nada de nosotros, ni siquiera que existimos. El almirante, él; yo. La tripulación, marinero y arponero y dispensero y buzo, nadie y muchos, bien pude haberme ahogado una vez, y hasta dos, y todavía habría quedado suficiente de mí, perdí muchas vidas en el río, mi padre perdió una, la suya, pero yo no he tenido una mía y ni siquiera sé qué he perdido o no.

Cuando comenzaron con los hombres rana, nosotros íbamos detrás de ellos, él con malicia y gozo cuando no atrapaban nada y avanzaban sin reparar en nada y sin saber dónde buscar, con las linternas y los trajes y todo lo demás, Entonces él, en silencio y lentamente, a deambular arrastrado por la corriente, esperando a que bajara la marea, olfateando el viento, aguardando toda la noche, porque era necesario tener paciencia, decía, a la muerte no la atrapas con prisas, yo tengo paciencia, eso es todo. Cuando navegábamos hacia mar abierto me sentía feliz, miraba las olas azules y la espuma blanca y dejaba de pensar en los muertos, pero él rápidamente daba la vuelta, igual aquí no encontraremos nada, decía.

Y así pasaron los años, mi madre murió, y no me habría percatado de que el tiempo pasaba y de la vida que hacía y no hacía de no haber sido por María. ¿Quieren saber de ella? Pero ¿cómo podría hablar de ella, con esta lluvia y esta oscuridad? Ya, todas las cosas son iguales, una vale lo mismo que la otra e incluso la felicidad y la infelicidad son lo mismo. Sólo María era ella, y punto. Tenía el cabello negro negrísimo y la piel un poco, pero solamente un poco más oscura que las muchachas de por acá, decían que un bisabuelo suyo o que se yo, un gallego, había llegado aquí trayéndose a una mujer de las Indias, pero no creo que sea verdad. Cuando reía echaba hacia atrás la garganta levantando la cabeza, y su cabello y su rostro por un instante parecían elevarse hacia lo alto, una gaviota que remonta el vuelo y se precipita en el azul... sí, acaso también yo tuve algo mío, si pienso en cómo reía y en que era yo el que la hacía reír, En este momento, esta lluvia que se escucha precipitarse también cae sobre ese rincón de arena, no, de arena no, de piedras finas finísimas como la arena y algunos tallos de hierba, allí detrás de las rocas, y todo ese rumor de las olas, donde pasó lo que tenía que pasar, cuando ella se recostó mientras se quitaba una sandalia y su pie jugaba con aquella arena de perlas blancas como un pez en el agua y su seno era duro y agradable bajo el vestido y yo al bajárselo le dije que ese vestidito era hermoso pero que no me gustaban los eclipses de luna y lo último que vi, antes de verla solamente a ella y sus ojos color miel, fue todo aquel mar de un azul muy profundo y sin fin que rompía del otro lado de las rocas. Luego nos entraron ganas de nadar, el agua estaba fría pero ella la cortaba blanca y morena, un delfín que no le tiene miedo a nada, porque cuando salta en el aire y en el sol ese azul y esa luz de oro son enteros para él. También me sentí avergonzado, porque antes de irme me entraron ganas de orinar en el mar y esto, entre nosotros, es un pecado, perdonable pero un pecado, y en una jornada así se deben tratar con respeto todas las cosas.

Continuaba saliendo a navegar con el Conde, se sobreentiende, pero en esos días era diferente, era un trabajo que realizaba como cualquier otro, por una miseria, sin pensar mucho en ello; a él no le gustaba verme tan libre e indiferente, que sacara a los ahogados como si cargara y descargara cajones de sardinas. A María le gustaba que yo trabajara en la barca y en son de broma me cantaba la canción que dice que no te cases con un «ferreiro que é mui malo de lavare» sino con un «marineiro que ven lavado do mare». El Conde

me decía que las mujeres no valen nada, él había tenido otras dos esposas, antes de la última, y lo sintió mucho cuando se marcharon al otro mundo, cómo se puede no sentir piedad, y los primeros días cuando caminaba por la casa y veía los pañuelos y las medias sentía melancolía. Pero en el fondo son una piedra en el zapato, también la tercera, e incluso su hija lo había hecho padecer, se avergonzaba de él y ni siquiera lo saludaba, solamente cuando apareció en los periódicos y en televisión se presentó y lo invitó a su casa para despertar la envidia de los vecinos, pero sólo una vez, las mujeres son así; es de estúpidos ocuparse tanto de ellas, sólo los muertos merecen ser tomados en serio.

Yo lo dejaba que hablara, no lo escuchaba, me sentía feliz y lavado por el mar. Una noche estábamos fuera, mar adentro, era una noche de luna negra y después también pensé que esa broma sobre los eclipses de luna me había acarreado la desgracia. El mar estaba extraña, calmado como casi nunca lo estaba, un sudario podrido y grasiento, solamente se escuchaban algunos ruidos sordos, revolvíamos el agua porque según él las corrientes debían de haber llevado a aquella parte a uno que se había caído borracho en el río unas millas más arriba, y a mí me venían a la mente aquellas viejas historias de la flota infernal que sólo navegaba de noche, tirada por setenta monstruos marinos, y que había ayudado a los ingleses a vencer al emperador Napoleón. Realmente nunca me había gustado el Conde, pero allí, solos en aquella oscuridad, me parecía que sólo era un hombre, y no sé cómo pero le conté que María estaba embarazada. «Entonces habrá ido a la playa de la Lanzada por la Virgen de Septiembre, visto que tiene un abuelo gallego», dijo con una sonrisita, «allá donde las olas del mar hacen crecer el vientre de las mujeres, incluso el de aquellas que antes no podían embarazarse de ninguna manera, y no hay de qué asombrarse, con tanta gente que se ve en aquel lugar y con tu María que, con el pretexto de ayudar a su padre, siempre anda fuera y se empeña con los vivos igual que nosotros con los muertos». Yo ya tenía la mano sobre el bichero y lo habría derribado en un santiamén, porque él era fuerte pero yo lo era más, y hasta le habría metido la cabeza bajo el agua para que así se convirtiera en uno de ellos, pero no sé qué inercia y entorpecimiento me cogió en aquel bochorno nauseabundo, molicie cobarde que te vuelve pesadas las piernas y el corazón para que no hagas ni digas nada, mientras él me miraba perverso y satisfecho. También hay un undécimo

mandamiento, señor, que algunas veces nos ordena golpear a un hombre; cuidado de errar el momento, pero cuidado también de no llevarlo a cabo cuando es el momento adecuado.

Con María iba a casarme, se sobreentiende, incluso si no había un compromiso hablado, porque haciendo el amor en la playa y detrás de los rompeolas parecía ridículo, en ese momento, hablar de matrimonio, pero se daba por descontado, como la vida, que es nacer casarse y morir. No sé qué esperaba o esperábamos, los días eran soñolientos como esa noche, acariciaba su vientre esperando verlo crecer pero siempre andaba navegando con él, había mucho trabajo, cada vez más, parecía que cada vez más gente sentía el impulso de morir y que el Conde lo olfateaba como un perro. De todas maneras, las cosas seguían su curso y el matrimonio, tarde o temprano, me parecía tan inevitable como el nacimiento del niño. Y sin embargo nada es inevitable, todo está en el aire y basta con un pequeño cambio de dirección para que todo desaparezca.

En una ocasión el Conde me dijo que estaríamos fuera dos, incluso tres días, hacia Amarante, pues había trabajo que hacer y luego nos quedaríamos allí porque habría una hermosa fiesta. Al ir remontando el Támeaga, el Conde no se encontraba del humor acostumbrado, canturreaba y andaba distraído, como si no le interesase mucho tener que repescar quién sabe a quién, era la primera vez que lo veía así, entre distraído y nervioso. En Amarante, bajo los árboles cercanos a la ribera había ya dispuesta una hermosa mesa con platos de pescado, callos, pollo, botellas de vino verde y farolillos de papel redondos y encendidos que colgaban de las ramas, y Alfonso con su guitarra y algunos que conocía y otros que no. La noche era calurosa, bajo los árboles un poco de viento secaba la cara sudada, por un momento, ya había bebido mucho, después de muchísimos años me acordé de la mano de Nina sobre mi mejilla, quería irme de allí pero el farolillo sobre mi cabeza bailoteaba henchido y rojo, una luna de sangre, y seguí bebiendo más y bailé y me senté sobre la hierba.

Y veo que preparan algo, se afanan, van y vienen y llevan ramilletes de flores blancas y alguien me dice, no el Conde, él permanecía callado y me miraba, que han pensado en gastarle una broma a la Giba, no, no una broma, una buena obra, para que ella también se sienta, aunque sea por una noche, una mujer con su príncipe azul como todas, igual ella no entiende nada, sólo sirve

para quedarse allí sentada en la esquina con las flores y la huta si uno se las pone en la mano, sólo es de esperar que el que se las compre no sea un hijo de puta que le ponga un botón o una tapa rota en el platito, igual ella ni se daría cuenta. Pero es buena y no es que no entienda nada, si uno grita se asusta y llora, pero si uno es gentil o la acaricia, se nota que se pone contenta, sonrío y un poco de saliva se le escurre por las comisuras, pero sus ojos casi son hermosos y ha aprendido a hacer la señal de la cruz, que es suficiente para vivir y morir. Ahora lo sé, lo demás no cuenta, igualmente todo es un delirio y los hombres son marionetas que en el pequeño teatro se propinan unas soberanas palizas, bofetadas y bastonazos en la cabeza, y el público ríe y ya no sé si Dios es el público, el titiritero, el bastón o alguien que un día cambiará la música y bajará el telón sobre esta mascarada idiota.

En resumen, me dicen, mientras bebo y pienso y bebo y me parece que todo se vuelve ligero y se desvanece, que esa noche yo tengo que representar el papel de novio de la Giba, fingirlo, se sobreentiende, uno que bajó de Vila Real se pondrá la sotana y hará de sacerdote, no hay nada de malo porque ella solamente se pondrá contenta y pensará que es una hermosa novia igual que todas y mañana ya no se acordará de nada en absoluto, pero le quedará como un sentimiento de haber sido feliz y así habremos realizado una buena obra aunque nos hayamos orinado encima de tanto reír. Y yo siento una gran confusión, no quiero pero no sé echarme atrás, me parece una canallada o quizá no, el Conde de vez en cuando ríe pero no habla y cuando me parece que he decidido que no, por qué precisamente yo, y pienso que se lo debo decir y que ahora se lo digo, me llevan ante la Giba, a la que ya le han puesto un chal y un pañuelo blanco en la cabeza con unas flores, y ella me mira y en un determinado momento me coge la mano y me la besa y veo que está a punto de llorar. Y al ver esa lágrima soy yo el que siente que llora por dentro como un niño y el que no puede, en ese momento, decirle que no, decirle que no la quiere, que se marche, Así que me levanté, trastabillando un poco, y no sé bien cómo fui a parar junto a ella, en una choza que por lo que a mí respecta también podría ser una iglesia y Carlos y Duarte como testigos, y alguien que no conocía vestido de sacerdote, el Conde detrás de mí, un ángel de la guarda, no, el inspector del matadero que vigila que todos los animales vayan al degüello como es debido, y el de negro chapurrea algo, Carlos le da un pellizco a la Giba que dice sí y también yo digo sí y los otros alrededor tocan

la guitarra y cantan vulgarmente; «Ai mina doce loucura, quien gana la partida es un gran jugador yo juego desde hace treinta años para conquistar el amor», los farolillos colgados de las ramas giran y se tambalean, todo da vueltas las caras están enrojecidas y ríen y aplauden incluso la Giba sonríe tímidamente y podría besar como un puerco esos labios de niña y meterle la mano bajo la falda, deformada y tullida como está, pero cuando uno de los músicos hace ademán de ofrecerle el pan y la sal y en lugar de eso le hace una broma yo le planto una bofetada como es debido, como si ella realmente fuese mi esposa, mientras el Conde se carcajea y me dice que he estado muy bien.

Como si fuese mi esposa. Dios maldiga esas palabras, que desencadenan cosas más grandes que ellas, y cosas malas. Me enteré a la mañana siguiente, todos se habían marchado llevándose también a la Giba, yo había dormido no sé ni dónde, me lo dijo el tipo que recogía los farolillos y las botellas. Sí señor, si en la barraca de feria les hace falta una cabeza par a tirarla con las tres bolas por una moneda aquí estoy yo, es para lo único que sirve mi cabeza, para tirarla con una bola.<sup>1</sup> Hasta que la muerte los separe, señor, aquél era un sacerdote de verdad, uno de la periferia de Oporto, y tras una palabra una blasfemia y un puño levantado en el aire acabo por enterarme de todo, que había sido el Conde quien lo había arreglado todo, quizá a alguien se le ocurrió la idea de hacer ese teatro con la Giba y entonces él pensó en hacerlo en serio, utilizando a un sacerdote de verdad, aunque un desgraciado, y yo títere idiota, más idiota que la Giba que no sabía que había sido engañada pero por lo menos no creía que engañaba, mientras que yo creía que había burlado, incluso hasta pensaba que hacía un bien pero por burla, y allí estaba, burlado de verdad, bajo esos árboles y esos dos o tres farolillos deteriorados que habían quedado; esposo de la Giba ante Dios y ante los canallas.

¿Qué debía hacer, matar a alguien, encenderme un cigarrillo? En ese momento ya no había mucha diferencia, así que me encendí un cigarrillo. Sé muy bien que esa payasada no era válida, sólo ante Dios y no ante el municipio, y también que en la iglesia, si iba a explicarlo, anularían todo y hasta le darían una reconvención a ese sacerdote que creo era más imbécil que bribón. Todo el suceso era tan sólo un enredo, en el pueblo todos sabían que la Giba era una pobre de espíritu y que como máximo sabía contar hasta diez. Pero imagínese que uno va a un monseñor de la ciudad para decirle mi esposa es una tonta y por lo tanto no vale, no es válido, es una mujer que hay que



abandonar, que hay que tirar, explíquesele usted monseñor al Padre Eterno que nos quiere unidos para siempre, hágale entender que no vale porque ella es una desgraciada, una idiota, y también yo, por añadidura, como el caso lo demuestra, soy un idiota y por lo tanto el matrimonio es doblemente nulo.

Yo, la Giba, María, el niño en el vientre... cuatro vidas, por la tontería de una noche y la malevolencia de uno solo, que quizá nos habría querido sólo si hubiésemos estado muertos, ahogados para repescarnos con cristiana piedad. Se dice fácil cuatro vidas, mía vida, pero si es sólo levantarse, dormir, rascarse las picaduras de mosquito, partirse el lomo, amarrar la barca, cambiarse la camisa y, mientras tanto, ¿adonde ha ido la vida? Una hora, una semana, un mes, el vientre se abulta, la luna mengua. las uñas crecen largas y negras y no sucede nada. Fui donde Maria, ella no dijo nada, yo le cogí la mano pero se la solté, era hermosa, todavía más hermosa con ese vientre que ya comenzaba a perfilarse y esa nueva luz en su rostro pero yo, de repente, ya no tenía ganas y ella tampoco, lo sentía, me sentía mísero y vacío por completo. Incluso debo de haber mascullado que esa payasada con la Giba no significaba nada y que no tenía nada que ver con nuestro matrimonio, pero dígame usted si venía al caso hablar, en ese momento, de nosotros dos y de casarnos y de todo lo demás. Ella era muy hermosa, los brazos bronceados iluminados por la llama de la cocina como las enramadas al atardecer, cuando el sol está bajo y muda tiernas y dulces las cosas, pero su rostro estaba cansado, y también vacío, y después de un rato me fui de allí.

No, nada de tragedias. O a lo mejor sí, pero silenciosas, peces comidos por otros peces en aguas tranquilas. A María la busqué alguna que otra vez, pero ella nunca estaba, así que la dejé de buscar. Del niño ya no supe nada, por ahí no lo he visto, a ella me la encuentro de vez en cuando y nos damos media vuelta para caminar en sentido contrario cuando todavía estamos lejos, pero sucede en muy raras ocasiones, porque casi nunca voy al pueblo, solamente si realmente necesito comprar algo, si no siempre estoy aquí, en el río, o en la ribera o en la barca, abajo en el mar. A la Giba le mando de vez en cuando algunos cajones de pescado, algún dinero, también una buena pañoleta que luego le he visto en la cabeza a la mujer que la pone a vender flores y fruta. Pero igual ella ni se da cuenta, quién sabe, quizá en verdad esa vez tuvo su noche. Ante Dios es mi esposa, por lo menos eso creo, no entiendo mucho de asuntos de iglesia, hace tiempo creía que entendía qué era lo que quería

decir «ante Dios», pero ahora ya no lo sé.

Vivo con el Conde, en la práctica, es decir, para él y sus ahogados. Recorremos el río, buscamos sondeamos repescamos entregamos, cuando él se los entrega a la gente o a la policía yo me quedo en la barca, por mi cuenta, pero también se acuerdan de mí, me dan alguna recompensa discreta y por algo ha venido usted también aquí, por mí, y no sólo por él. No es que me importe; con todo el respeto, le deseo lo mejor, pero no me interesa lo que piense de mí y mucho menos lo que va a escribir, si es que es usted uno de esos que habla con la gente no por hablar, sino para escribir lo que sea en cualquier parte.

A veces, especialmente de noche, cuando escucho que estamos subiendo a alguien, me parece ver salir del agua a una y a la otra, el cabello negro de María y su frente tan alta o esos pobres hilos de estopa de la Giba, el rostro aflora blanco en la oscuridad como un pez y me observa con ojos desorbitados y yo tengo miedo de que el Conde, en lugar de entregar el cuerpo en Oporto, donde lo depositan en la morgue tal y como se debe hacer, quiera llevárselo a Rabagáo, donde el hospital y la morgue son un lujo y la guardia republicana se afana en hacer todo allí en la ribera y cuando un cadáver está hinchado lo extienden sobre el piso, cogen una especie de lanza delgada o qué sé yo y se la introducen en el ojo, justo en la pupila, y el gas sale fuera de ese agujero con un prolongado silbido, el cuerpo se desinfla como una pelota y el Conde, cuando puede, elige descargar en Rabagao y se limita a observar. Pero dura sólo un instante y espero que el Conde ni siquiera se dé cuenta de ese instante de delirio, luego veo de inmediato que la cara es otra, además ni María ni la Giba son del tipo de gente que haría algo así, las dos, de distinta forma, tienen demasiado valor, no tienen miedo a la vida.

Y así he seguido, los días y las noches se deslizan en mi vida, el agua se filtra por entre las Asuras de la madera ensanchando cada vez más los huecos, todos los días algo se tamiza y se aleja de mi volviéndome más ligero, me parece que sólo soy ese poco de malla entre un hueco y otro y que de vez en cuando se desprende un pedazo, dos o tres huecos se convierten en uno más grande hasta que sólo quede un hueco, o ni siquiera eso. Ya son demasiado anchos y las cosas pasan al otro lado, para los peces la red ya es demasiado ancha, de modo que ya no atrapo nada, mañana o a lo mejor esta tarde, no es por ofenderle, es posible que también su rostro haya desaparecido.

Quizá esa de allá era demasiado grande, esa noche, para mi red desgarrada

y por eso se quedó dentro. Ya vi que usted la observaba curioso, le interesa más ella que mi historia y tiene razón, a estas alturas yo también pienso así. Una noche, mientras de los vapores del agua se alzaban mis dos fantasmas e intentaba ahuyentarlos con el remo como se echa fuera el humo, sentí que habíamos enganchado algo pesado que andaba rodando en el fondo y no quería subir. Estábamos fuera, en el mar, pero cerca de la ribera. Yo tiraba inútilmente, los cadáveres flotan a ras del agua, pero cuando hay un desbordamiento o una marejada que mueve el fondo sucede que se enganchan en una piedra, o en una raíz, o en una cuerda que se quedó enroscada a un ancla o qué se yo. El Conde cogió una pértiga y se puso a hacer palanca, a hacer presión y a empujar, hasta que de golpe una sacudida lo manda de espaldas al fondo de la barca y algo sube entre el borbotear del agua revuelta.

Estaba medio putrefacto, debía de llevar allí muchos días, se había caído al mar o se había ido al fondo quién sabe cómo. Suicidarse no quería seguro, mientras subía todavía iba abrazado y medio atado al mascarón de proa, debió de haberse aferrado a él cuando la nave se hundía o quizá se lo encontró después de estar nadando en el mar durante horas y horas, ciertamente se había aferrado a ese cuello y a esos senos y también se había atado para no perderlo, y debieron de haber navegado quién sabe durante cuánto tiempo, hasta que otra marejada los había arrojado y hundido y habían quedado atrapados en alguna saliente del fondo, en agua ya baja, pero lo suficientemente honda para ahogarse.

El mascarón había salido del agua con un pequeño salto, como un delfín, y luego se había puesto a flotar sobre el dorso, tranquilo bajo la luna con su largo cabello rubio esparcido sobre los hombros, los dos melones de los senos fuera del agua eran blancos como la luna que caía sobre ellos, y en medio la mano con una rosa carcomida por el mar, y esa sonrisa irónica y hasta insatisfecha de mujer que ha tenido lo suyo y que tiene un hombre que la sirve como es debido y al que ella no le dice nada, luego se deja besar la espalda y los pies, y esos labios que sonrían enfurruñados deben de bastarle, en él está decir las palabritas dulces. Estas mujeres del mar no son como las de casa, buenas y obedientes y a dormir, son reinas que no sabes qué tienen en el corazón y no tienen corazón y por eso te llevan a la perdición. A menudo las mujeres de los mascarones de proa miran hacia lo alto y a lontananza, ansiosas y aterradas, y te dan miedo, en el mar, porque piensas que ven la muerte que

llega y que tú no puedes ver, pero ésta tenía los ojos entrecerrados y beatos, acaso porque las que están en la proa saben que habrá un desastre pero no saben cómo terminará y ésta en cambio ya había saltado, ya había visto lo que todos tienen terror de ver y puede ser que tuviese sus buenas razones para reír o sonreír, serenamente, para sus adentros, por todo lo que hay que ver.

Se haya aferrado a ella en el naufragio o más tarde, ese marinero la habrá asido porque ya se sabe que cuando uno se topa con el holandés errante, que anuncia muerte y destrucción, no queda más que agarrarse del mascarón, el alma de los barcos, que es lo único que puede salvarte. En las Sorlingas, por ejemplo, me mostraron una mujer de mascarón hermosa y robusta, con un vestido plisado y la coronita en la cabeza, que salvó a un marinero italiano, el barco era español, creo, y se había quebrado en la última de las Seven Stones, al igual que el barco de mi padre. Ese marinero se había quedado junto a ella durante horas y horas, hasta que lo recogieron y tuvo que abandonar la en el mar. Unos días después, paseando en la playa, vio que las olas la habían llevado hasta allí, la subió y la colocó en el jardín de Tresco. Ojalá mi padre hubiese tenido una a mano.

La amarramos a popa y marchaba detrás de nosotros cuan larga era, blanquísima en las tinieblas, y las estrellas que se reflejaban en el agua cerca de su cabeza eran una corona de novia. El Conde pontificaba que debía de ser muy antigua, quizá había estado sobre un barco francés muchísimos años antes, fantaseaba, cuando los franceses habían atacado Oporto como lobos y la gente que escapaba se había apretujado con un enorme pánico y confusión sobre el puente que se había derrumbado, había sido una masacre tal que hasta los franceses habían ayudado a salvar a esos pobrecitos, todavía hoy hay quienes van a encender velas bajo la imagen de ese desastre. A lo mejor este mascarón estaba sobre un barco francés y también vio esa masacre, decía el Conde, además quién sabe cómo fue a parar al agua, puede que los nuestros también hundieran alguno de los barcos franceses, y algo la mantuvo abajo por una eternidad, mira cómo está consumida la madera, si tocas esas hermosas tetas están todas rugosas.

No lo estaba escuchando, además a mí no me importa de dónde viene uno, incluso a usted no le he preguntado nada en absoluto, estaba sentado en la popa y miraba esos ojos entrecerrados y esa sonrisa que se burlaba de mí desde el agua. Quizá le hablaba entre dientes, qué tiene de extraño, muchos en

la iglesia le hablan a la Virgen de madera blanca y celeste y solamente un estúpido puede reírse de las mujeres que hablan solas y que ciertamente no son peores que yo, de todas maneras yo pensaba que si no hubiera salido nunca del mar todo habría sido diferente.

Cuando estábamos a punto de llegar y de entregar el muerto a la persona facultada, el Conde me miró y me dijo: «A ésta la usaremos como leña para hacer fuego, pero la cabeza me la llevaré a mi casa y la clavaré frente a la puerta», y aferró el hacha. Yo solamente me levanté y le dije que no sin más, así. pero debió de entender que una palabra más y quién sabe qué habría sucedido y se quedó callado, incluso cuando luego, en la ribera, la subí, la cargué en los brazos, grande y pesada como era, y me la traje para acá. Y así yo, que siempre mantuve la cabeza gacha cuando se trató de María y de la Giba y que he perdido mi vida igual que se pierde un juego de cartas, le demostré quién soy con esta de aquí, una figura de madera, como esos que en la procesión de san Nicolás, patrón de los bateleros, son capaces de pelearse a cuchilladas si alguien dice que el san Nicolás de su pueblo es más hermoso que el del pueblo de al lado.

La coloqué allí, como puede ver, y cuando me preparo la cena y la llama Le enciende el rostro, la observo con sosiego, trato de entender hacia dónde están mirando esos ojos un poco oblicuos, y también miro hacia ese lado, hacia una esquina u otra, en la oscuridad, aquí y allá, para ver si encuentro algo, y la llama se alarga y se acorta, el rostro cambia y sonríe ante esos inútiles cambios, algunas veces es el rostro bellísimo y arisco de María otras veces la torpe y bondadosa cara de la Giba otras veces la dulzura Lejana de Nina otras veces sólo las olas, arqueadas y curvadas como esos labios esos cabellos esos senos, que se agolpan y fluyen y pasan, siempre las mismas, acaso esto es lo que ha descubierto esa sonrisa.

Cuando navegaba en el Báltico, me contaron de un almirante sueco que, al jubilarse, se había llevado el mascarón de su barco a su jardín, y de otro, no sé dónde, que durante muchos años había sido guardián de un faro en medio del mar y una vez se encontró un mascarón que las olas habían llevado hasta su islote y ése había sido el único acontecimiento de su vida; y se quedó con él y había dejado dicho que, cuando muriera, quería que lo pusieran sobre su tumba en su pueblo, pero el cura no había querido, porque tenía el pecho desnudo y un aire desvergonzado.

Sí, claro, todavía navego con el Conde, pero ya no tanto, a él también se le murió su última esposa pero eso no lo trastornó, contento y vanidoso como se siente por toda esa gente que viene con mayor frecuencia a buscarlo, a hacerle preguntas y fotografías. También tengo una barca, pesco un poco por mi cuenta, de vez en cuando me entran ganas de clavar el mascarón de proa en la barca y navegar en alta mar hacia rumbo desconocido, luego me río, se nota que comienzo a hacerme viejo y a perder facultades, algunas veces ya no sé si estoy en el Duero, en el Támega o en el mar, el agua se asemeja en todas partes e incluso esta lluvia que cae podría caer aquí como en cualquier otra parte y a mí no me disgusta que las cosas sean cada vez más iguales, bien está lo que bien acaba o incluso sólo si acaba.

# LA PORTERÍA

Bajó del autobús aferrándose al pasamanos hasta que su pie palpó, no sin cierta vacilación, el asfalto. La mano titubeó un instante antes de decidirse a sujetar el reluciente aluminio, y se retiró justo en el momento previo a que la puerta volviera a cerrarse. Resultaba agradable tocar aquel metal, por lo menos donde todavía estaba fresco, no donde tantas manos húmedas y sudadas lo habían dejado caliente.

Era por esto que se había bajado muy lentamente del autobús, no porque le resultase difícil hacerlo. Miró a su alrededor con recelo, Todavía le rondaba en la cabeza esa estúpida idea de que su hijo o la nuera lo hubiesen seguido. De todas formas, a esa hora estaban ocupados. ¡Y podría ser que ya hasta lo supieran! Sin embargo, le gustaba no ver ninguna cara conocida. La calle corría hacia el mar, recta y árida. La claridad, al fondo, era lívida, el sol bajo y blanco le molestaba en los ojos. Se restregó los párpados, al igual que Mítzi Matzi cuando se le enroscaba sobre las rodillas en el sillón del estudio y levantaba el hocico hacia la lámpara que había sobre su escritorio y que quedaba muy cerca.

No le gustaban las calles perpendiculares al mar, que desembocaban en la gran luz: prefería, en la geometría de la ciudad, las calles paralelas a la costa, protegidas por las altas casas entre las que se gozaba de más sombra y el anochecer caía más rápido. Toda la ciudad, desde que la había visto por primera vez asomándose sobre la colina del Carso, le parecía demasiado abierta sobre la gran extensión del agua. También los triestinos tuvieron que haberse dado cuenta de esto, si habían construido ese retículo de calles rectilíneas, una celosía que protegía del golfo y de su vastedad: además, muchos de ellos habían llegado del corazón del continente, como él, que lo había hecho de Moravia, aunque mucho tiempo antes.

Cuando se encontraba frente al mar, se le dibujaba una sonrisa avergonzada que le alzaba imperceptiblemente el labio superior y que le descubría un poco demasiado los dientes, igual que a Roll, el bulldog que había tenido durante muchos años y al que, según sus nietos, había terminado por parecerse. El mar, al fondo de aquellas calles, cada vez le parecía más grande; algunas veces le parecía verlo subir, sumergir las aceras y crecer. Lo sentía susurrar, un fragor que venía de lejos, de un oscuro surco de enormes olas blancas.

A veces, por diversión, antes de salir programaba mentalmente su recorrido a modo de evitar en lo posible el avistamiento de aquel azul interminable; imaginaba un plan de ataque sobre un tablero de ajedrez gigante, doblar la esquina en el momento justo, esquivar de flanco, hacer la jugada del caballo. Los planes de ataque, lo sabía bien, eran una estrategia de retirada, audaces operaciones para garantizarse un mayor margen de posibilidades defensivas. Toda la vejez, además, era una avanzada para retroceder; uno se adentra en territorio desconocido para abstraerse de la realidad que avasalla por todas partes, punzante e invasora. Incluso sus ingresos, cada vez más míseros con el paso de Los años, habían funcionado como un dique contra la dificultad de las cosas; desde los dineros que había ganado cuando llegó a Trieste desde Hansdorf —ahora todos decían Hanusovice— viajando a la buena de Dios, incluso recorriendo algunos trechos a pie, trabajando aquí y allá a cambio de un plato de comida y un lugar donde dormir. El edificio de la pequeña —pero no mucho— agencia de transportes, que hasta hace unos cuantos meses había sido suya, también era solamente un refugio apaciguador.

«¡Usted puede dar me órdenes a mí, pero no a los empleados, y ni siquiera a las mujeres que hacen la limpieza!», le había dicho el licenciado Dürer mirándolo incisivo por detrás de sus anteojos, que brillaban pequeños y malignos. Desde que se había realizado el traspaso de propiedad a la sociedad suiza, el licenciado Dürer, el nuevo administrador delegado, se encargaba de recordarle, al verlo llegar todavía con mucha frecuencia a la oficina, que él era ya tan sólo presidente honorario y, como tal, podía disponer del sillón y de los periódicos, pero no del personal. «Diríjase a mí, para mí será un placer poder atenderlo, pero, por favor, no le pida nada a nuestros empleados. Yo sigo estando con mucho gusto a sus órdenes...». Y el licenciado Dürer sonreía con un aire de entendimiento mutuo, orgulloso de haber resuelto con una frase



una posible injerencia engorrosa.

El sol ya estaba en lo alto, las calles comenzaban a animarse. Entre el aleteo de las palomas se escuchaba el graznido de algunas gaviotas; alzó la cabeza y por un instante su mirada se topó con la mirada maligna del pájaro.

Cada vez había más gaviotas en la ciudad. Alzaban el vuelo desde los escollos de la costa y se precipitaban contra las casas, las calles, los jardines. ¡Qué idiota el Dürer ese! Tan convencido de que él todavía iba a la oficina tan sólo por el deseo de dar órdenes. Pero él seguía asistiendo a la oficina por costumbre, porque así lo había hecho durante años, tal y como había renovado su abono en el Teatro Verdi sin que hubiese disminuido su indiferencia por las óperas, que le parecían casi todas iguales. Ni siquiera creía que lavarse los dientes sirviera para algo, eso era tan cierto que los dentistas seguían ganando un montón de dinero a pesar del gran consumo de dentífricos, pero él se los había seguido lavando.

Determinadas cosas sencillamente no se cuestionaban; si dejaba de lavarse los dientes o de ir al teatro, toda la sociedad podía trastocarse, Y él se sentía muy a gusto en esa sociedad. No la amaba, eso sí que no, pero la respetaba por lo bien organizada que estaba, con las cédulas los títulos los dividendos los matrimonios los teatros y los cepillos de dientes. Todo servía, todo ayudaba a mantener las cosas lejos. El mar, por ejemplo, quedaba justo detrás de la bolsa de valores, del otro lado, vasto y con sus blancas olas, pero bajo las columnas y el frontispicio neoclásico de la bolsa no se lo veía ni se lo escuchaba, y todo estaba en su lugar. Estaba bien repetir las cosas. Por eso, Clara, su nuera, se equivocaba con esa manía suya de cambiar constantemente las cortinas o las lámparas; se comenzaba con esas cosas, y después no se sabía hasta dónde se podía llegar.

«Usted puede darme órdenes a mí». ¡Suizo idiota! A partir de ese día no había vuelto a poner un pie en su antigua oficina y ni siquiera le había dicho nada, total, el tipo ese ni siquiera lo habría entendido. Si había algo que siempre había detestado era dar órdenes. Era tan feliz cuando, durante el viaje de Hansdorf a Trieste, sin atravesar ninguna frontera porque todavía existía el imperio y resultaba inconcebible que un día pudiera dejar de existir, pasaba la noche en alguna granja, preguntando si había algún trabajo que él pudiera hacer, y le decían que cortara un poco de leña o que recogiera las hojas secas. Le daban una hoz o un hacha, se quitaba la chaqueta y se ponía a trabajar. La

leña caía a tierra con ruidos sordos, las virutas saltaban por doquier, olía bien y, aunque era invierno y él estaba en mangas de camisa, no sentía frío. Luego le daban unas cuantas monedas y se marchaba de allí, el mundo era hermoso y grande.

Cuando pasaba la noche en un henil se dormía de inmediato. Siempre le había gustado dormir, la vida era tan honesta que estaba dividida en tercios; una hora de un feliz no hacer nada por cada dos horas de trabajos pesados y malentendidos, no era un mal trato. Por la mañana, cuando andaba de viaje, se levantaba muy temprano, incluso más temprano que ahora: durante algún tiempo la oscuridad prolongaba esa nada feliz, después se levantaba. La hierba estaba congelada, todavía estando en el umbral de la puerta se bebía un huevo fresco, luego se echaba su chaqueta a la espalda y se marchaba. Le volvían a la mente las canciones de los afiladores y de los zapateros remendones de Moravia. Canciones alemanas, los alemanes sabían obedecer y cantar, que era lo mismo, decir que sí.

Más tarde había sido difícil no dar órdenes, cuando había adquirido y después hecho crecer el negocio de la ferretería, la compañía constructora o la de transportes, abierto filiales y nombrado jefes de oficina y directores, invertido cada vez más dinero en iniciativas cada vez más grandes. Pero incluso allí, con un poco de astucia, se las había arreglado. Al principio se sirvió de un asesor bancario, permitiendo que él lo aconsejara sobre qué títulos comprar o vender, en dónde valía la pena especular y haciéndolo creer que él ya había tomado sus decisiones, que tan sólo necesitaba de alguna información complementaria; lo mismo, pero a mayor escala, le sucedió después con los administradores y los consejeros de sus compañías. Había sido suficiente con un poco de astucia, a fin de que no se percataran de que eran ellos los que decidían, es decir, los que ordenaban. Y ellos no se habían dado cuenta de eso, todos rebosantes de respeto y deferencia —casi de aprensión, a juzgar por sus caras tensas—, esperando que él recibiera y ejecutara sus órdenes.

Una regla, si era válida, valía para siempre. La vida no sabía de excepciones, sus leyes eran iguales para todos, como la ley de gravedad. También con su matrimonio había sido así. En casa siempre había sido Anna la que lo decidía todo y él había sido feliz. Anna era hermosa, con sus ojos negros y sus hombros bronceados, y cuando se volvía hacia él y levantaba la

boca para darle un beso, no había nada que discutir. Él siempre había dicho que sí, tanto en la mesa como en la cama; incluso ciertos juegos los había inventado e impuesto ella, pero no se había dado cuenta, devota como era, y había continuado tiranizándolo y estableciendo, despótica e ignorante, las mudanzas, las vacaciones, el colegio de los hijos, siempre convencida de secundar su voluntad. Hacía mucho tiempo que Anna ya no estaba, y desde entonces todo se había vuelto opaco; se acordaba muy bien del amor, también de pequeños detalles, pero como si fuese algo impersonal que podía de igual manera haberle sucedido a otro. Y cada vez, con mayor frecuencia, se descubría en la cara esa sonrisa que le dejaba entrever los dientes, que casi era un tic.

Dobló la esquina de la antigua Vía Teresiana, ya estaba cerca. Un perro levantaba la pata contra el muro, el hilo del líquido descendía serpentino y se desvanecía entre las piedras, el color amarillento le resultaba agradable. Después de la muerte de Anna tuvo que ajustar cuentas con órdenes y prohibiciones explícitas. A Chiara, por ejemplo, no le gustaba que Mitzi Matzi trepara sobre los sillones, porque dejaba pelos por todos lados, y hacer la vista gorda con esa disposición había requerido de una táctica compleja, elaborada cautelosamente durante largo tiempo, finalmente coronada por el éxito pero siempre con la necesidad de ser vigilada. En la familia lo amaban, y él también los amaba, El beso de Chiara en su mejilla le recordaba ciertas mañanas en los bosques de Moravia, con el sol puro recién nacido y el viento ligero sobre el rostro. Marco, su hijo, se quedaba con gusto a conversar con él, también Paola, su hija que vivía en Zúrich, lo llamaba por teléfono y le escribía con frecuencia, sus dos nietos le preguntaban muchas cosas.

Él estaba contento, aunque habría preferido escuchar más que hablar; cuando le preguntaban de la Moravia anterior a la Gran Guerra le parecía que tenía muchas cosas que decir, pero luego se le morían en la boca y entonces fingía que había perdido el hilo de la conversación, a su edad tenía todo el derecho a hacerlo, así lo dejaban en paz. Amaba a sus pequeños nietos, pero Hansdorf, con su aserradero oloroso a madera y resina y el burcák, el vino nuevo recién vendimiado que llegaba de los viñedos del sur, le resultaba mucho más cercano. De todas maneras, la casa era grande; se podía estar a solas y dejar solos a los demás, su hijo, su nuera, sus nietos, sin constituir una carga.

También ellos lo dejaban en paz, no lo agobiaban con esas exageradas limitaciones que hacen de casi todo anciano un prisionero. Nadie le había preguntado por qué, desde hacía unas semanas, salía tan temprano y permanecía fuera de casa tanto tiempo. Quizá pensaban que, al igual que muchos viejos, él también era madrugador. Ni siquiera cuando no regresaba a la hora de la comida aunque habría podido hacerlo, contaba con dos horas de descanso, los sindicatos habían hecho progresos y los llamaba por teléfono, tartamudeando, y les decía que tenía un compromiso o una invitación, sin que ellos lo cuestionaran lo más mínimo. Ciertamente, quizá ellos ya lo sabían todo, era posible, probable, y fingían no saber nada. Mejor así. Y mejor darse prisa si es que ya lo habían descubierto, para arreglarlo de modo conveniente.

Trató de pensar en las maneras más oportunas de averiguar, sin comprometerse, si estaban al tanto de algo. Si se percataba de que lo habían descubierto todo y habían decidido no hacer nada al respecto, aprovecharía para quedarse fuera de casa también por las noches, excepto los sábados y los domingos, tampoco había que exagerar. La habitación contigua a la portería era pequeña, pero era más que suficiente. Debía de ser muy hermoso despertarse allí dentro, solo, con los inquilinos aún dormidos en sus apartamentos y el portón cerrado, y escuchar, provenientes de la calle, los primeros ruidos de la mañana, que en su casa no podían subir hasta donde él se encontraba, en su habitación situada en el cuarto piso que daba a un patio interior, casi siempre vacío.

Apretó el paso, porque casi iba retrasado y los inquilinos, con mucha razón, habrían protestado si encontraban que la portería y el portón de la entrada no estaban abiertos conforme al horario. Pero ya había llegado, y a tiempo. El edificio de cinco pisos, mortecino y abandonado, debía de ser de los años cuarenta. Cuando lo compró, ya no se ocupaba personalmente de su pequeña compañía inmobiliaria. El administrador actual se llamaba Repetti. Trató en vano de visualizar su cara, ni siquiera recordaba haberse reunido con él.

Abrió el portón, volvió a meterse la llave en su chaqueta, sacó otra para abrir la portería. «Buenos días, ingeniero», le dijo al hombre que salía y que le respondió distraídamente. Dentro de un rato bajaría la señora Weber con sus dos perros: tenía que estar atento para que no los dejara correr por las escaleras y hacer sus necesidades en el rellano, si no, los demás le volverían a

reclamar a él. Era realmente maleducada y apenas se dignaba a devolverle el saludo a un simple portero. Además, tenía que llevarle el paquete al abogado del tercer piso, el correo lo habían llevado la tarde anterior, cuando el despacho ya estaba cerrado, y se lo habían dejado a él, que también había firmado el recibo.

No estaba entre sus deberes contractuales, pero dado que en el buzón del correo la placa de los Nigri colgaba mal puesta, ladeada, cogió un destornillador y la atornilló con paciencia, hasta que nuevamente la vio firme en su sitio. Llegó un vendedor ambulante, un negro que vendía gafas y encendedores; le compró un par de gafas de sol, le preguntó de dónde era y luego le inquirió algo sobre el Senegal, pero no le permitió subir las escaleras, porque el reglamento lo prohibía.

La puerta del ascensor estaba toda descascarada, realmente indecorosa. No estaba muy seguro de estar autorizado, pero decidió escribirle a la administración solicitando que la volvieran a pintar y aprovechó para comentar que los inquilinos del segundo piso habían vuelto a quejarse del alboroto que habían armado por la noche los del apartamento de encima del suyo, con otra de esas fiestas con música a todo volumen.

Cogió el papel y comenzó a escribir. Sería Repetti quien leyera la carta. Quién sabe hasta cuándo seguiría sin darse cuenta o fingiendo no darse cuenta de nada, sin asociar su nombre con el del invisible propietario de la compañía inmobiliaria. La única que todavía le pertenecía; las otras, de diversos tipos, ya las había liquidado. Ésa, y por tanto el edificio que formaba parte de ella, le pertenecían a él. A Giuseppe, más bien, a Joseph Bella Quercia, antaño Eichholzer, hijo de Kart, que en Hansdorf herraba caballos, nieto de no se sabía quién, expresidente de varias cosas, aunque no sabía decir bien de cuáles.

Quizá también Repetti, al igual que su hijo y su nuera, lo sabía todo, lo cual no era grave. Puede que hasta lo hubieran empleado solamente porque se habían dado cuenta de inmediato de que se trataba de él, cuando dos o tres meses antes, por casualidad, había escuchado que en ese edificio había un puesto vacante como portero y que no podían encontrar a nadie para cubrirlo, envió su solicitud, se presentó en la oficina del administrador y, tras una breve entrevista, fue contratado. En efecto, no era demasiado viejo, era listo y, en resumen, terna buena salud; ya no se podía encontrar a nadie, y mucho menos a

un joven dispuesto a trabajar como portero y, por lo tanto, no resultaba extraño contratar a alguien ya anciano. Incluso si lo habían contratado porque se habían dado cuenta de que se trataba de él cosa que no resultaba fácil, considerando las distancias que mediaban entre las oficinas que se ocupaban de los pequeños asuntos cotidianos y la sala del consejo de administración, mucho mejor. Él mismo, además, había decidido que si lo rechazaban, de alguna manera habría hecho valer su autoridad; los habría obligado a darle ese trabajo, con sus funciones y prestaciones.

Terminó de escribir la carta y fue a meterla en el buzón que estaba justamente frente al edificio, al otro lado de la acera. Quién sabe quién decidiría personalmente si había que repintar o no, y cuándo, la puerta; se trataba de un gasto modesto, que no necesitaba de autorizaciones de alto nivel. De todas maneras, una vez más no sería él quien lo decidiera, incluso si el dinero, finalmente, lo pondría él. Pero con aquel fulano allí, a él no le quedaba nada que hacer, y cada vez hacía menos. Cada día se iba alejando más de ese individuo, de ese abstracto sí mismo que a veces le parecía un simple homónimo y que seguía, cada tanto, en su despacho, firmando mecánicamente las actas sólo las de una cierta importancia que le ponían enfrente; se lo quitaba de encima lentamente, como si se despojara de un traje de ceremonia y lo colgara dentro del armario. ¿Era eso envejecer? En realidad le parecía que el que envejecía era el otro, echándose cada vez más años y cosas sobre las espaldas, como un perchero que cada vez está más cargado, y que en cambio él se volvía cada vez más ligero, más ágil.

Desde que ya no era necesario dar órdenes, todo se había hecho más fácil y liviano. Durante mucho tiempo, en cambio, había sido muy pesado; años y años trabajosos e interminables, quizá desde el primer momento en el que había llegado a la ciudad, dejando atrás y para siempre Moravia y sus bosques. Luego, de golpe, esa necesidad había desaparecido y el mundo se había transformado en un globo de colores, que no pesaba y que uno podía dejar que se alejara por su cuenta en cualquier momento. Había sucedido hacía poco, hacía unos meses, quizá hacía un año o más; resultaba difícil decir desde cuándo, pero no tenía importancia. Ya había dejado de calcular el tiempo, a veces confundía los meses con las semanas, igual que ciertas mañanas, después de pasar una noche casi insomne, ya no sabía si había dormido unos minutos o un par de horas.

No habría podido decir con exactitud cuándo, pero lo sabía porque esa necesidad de ordenar, de ganar dinero, de triunfar había llegado a su fin. En Hansdorf, cuando en determinadas noches el cielo se alejaba, las sombras morían entre la hierba silenciosa y el mundo, de repente, era inmenso y gélido, podía llorar con el rostro escondido contra la espalda de su madre. En la ciudad, entre los edificios decorosos y los barcos que entraban en el puerto, no podía llorar, y para echar fuera ese nudo que sentía en la garganta, ese extravío del niño perdido en la hostilidad de las cosas y de los hombres igualmente dispuestos a herir, no podía hacer otra cosa que levantar imperiosamente la voz, hablar más fuerte y más alto que los otros, subirse a los coches de choque de la feria, que las primeras veces daban miedo, y plantarse ante el volante, propinarles unos buenos golpes y echar fuera de la pista a los que lo quisieran embestir. Ese extravío, en el fondo del corazón, siempre estaba presente, pero la chequera era una buena coraza y hasta el esmoquin, el distintivo en el ojal y el rango honorable que otorgaba el trabajo eran una tranquilizante pero pesada coraza.

Luego, una mañana, al levantarse, ese extravío taciturno había desaparecido, se había ido de la misma manera en la que se aleja, de un tupido y oscuro follaje, un pájaro. Quizá había ido a posarse en el hombro del otro, de aquel que todavía firmaba decisiones importantes, aunque entendiéndolas cada vez menos. Él, de repente, se sentía libre, curioso, y había dejado de sentirse fastidiado por las cosas; sentía que había sacado de sus bolsillos las piedras que había recogido durante tantos años y que ya podía correr por los prados, al igual que en Hansdorf, sin miedo y sin necesidad de nada, ahora el mundo era un perro que ya no podía morderlo, y que se ponía a correr y a jugar con él.

Volvió a cruzar el portón. El asfalto ya quemaba, sería un día bochornoso, pero en el portón se sentía una frescura recóndita. Traspasarlo era como atravesar una cascada, pasarse al otro lado; el silencio de las escaleras era el fragor incesante de una gran agua que caía y envolvía los ruidos del mundo allá afuera, hasta que poco a poco ya no se escuchaba ni siquiera aquel estrépito, porque el oído se había habituado. También las voces de su hijo, de su nuera, incluso las de sus nietos se alejaban, se desvanecían.

Un enorme ficus le proporcionaba sombra a los escalones, oscura selva resplandeciente en la sombra. Un gato patinó por los escalones, ¡a saber cómo

había entrado!, y él lo empujó hacia fuera con delicadeza, porque el reglamento de la casa no permitía animales callejeros. Un geranio ardía en la ventana, encendido por el sol que lanzaba dardos en el patio. También las placas de los buzones del correo brillaban. Dentro de poco llegaría el cartero y, como siempre, se quejaría de que su cuñado se le había metido en casa y ya no quería marcharse. Metió un libro en un cajón, y de otro sacó una fotografía del día de su boda y dos tarjetas postales de Hansdorf y se quedó mirándolas durante un rato. El cartero había llegado y él fue a su encuentro. El sol había cambiado de posición, ya no fustigaba el geranio sino el vidrio de la ventana, la franja brillante se reflejaba en el muro y lo cortaba como con un golpe de sable. Cuando un poco de aire movía la ventana entrecerrada, la franja se batía en duelo sobre el muro con mandobles fulmíneos.

«Va a llover esta noche», dijo el cartero, «mire qué neblina cada vez más oscura, qué bochorno tan sofocante, pero del mar se está levantando un gran viento que se lo llevará todo, ya hacía falta». Él sonrió, levantando un poco el labio, dejándole entrever la dentadura.



## LAS VOCES

276504, sí, es correcto. Quizá sea mejor el 326429, pero qué quizá, por supuesto que lo es, no hay comparación, con esa inflexión irónica y dulce, profunda como la nieve, pero una nieve cálida, suave, una suave manta para cubrirse hasta la cabeza, así lo hacen los perros de trineo y allí abajo se sienten bien, en la calidez... Pero cada cosa a su tiempo. También con las voces es necesario respetar' el momento vías circunstancias. Sobre todo con las voces, de lo contrario, si una de ellas abre la boca en el momento equivocado, hasta la más hermosa resulta ser un completo fiasco, como si se intentara afinar un violonchelo en una taberna, mientras en la mesa contigua cantan tonterías y tocan un acordeón... Pero es la hora del 276504. ¡Ah, aquí están! Los tres timbres del teléfono y luego la música...

«I'm happy again singing and dancing in the rain, I'm dancing and singing in the rain... Has llamado al 276504. Lo siento, pero no me encuentro en casa. Si quieres, puedes dejar un mensaje después del bip. Gracias y adiós».

A saber por qué habrá dicho adiós... Ayer todavía decía: «Le devolveré la llamada en cuanto regrese...». Y ahora, en cambio, dice adiós... Qué descarado ese tú, ni siquiera me gustaría si solamente me lo dirigiera a mí, y si pienso que cualquiera, incluso por error... Imperioso, provocador.

Debe de haber erguido un poco la garganta, esa garganta blanca, carnosa, como para ser mordida, pero qué estoy diciendo, con esa voz ella es la que te aprisiona como una osa, una osa blanca, pero yo no, gracias, yo no me dejo atrapar, Sé muy bien cómo terminará todo esto, pero antes de que alargue su garra con esas hermosas uñas, grrr, ya he colgado el auricular y la jaula se quedará vacía: después del bip, al otro lado, no escuchará nada.

Pero quién sabe por qué, después, ha vuelto a hacer la grabación, cómo es que a una se le ocurre, así, de repente, cambiar el texto, quitar el verbo y

poner un adiós... ¿Y cuándo? Entre las seis de la tarde de ayer y ahora, por lo tanto, probablemente por la noche, al irse a la cama, al desnudarse, una voz perfumada, la voz de una mujer desnuda... En el fondo, ese adiós no está mal, dicho desde debajo de la manta. Después de tanto tiempo me lo merezco, ese usted de póliza de seguro era injusto, tan anónimo e indiferente.

Debo apresurarme, ya es la hora exacta del 572441 y apenas me queda tiempo. Si lo marco tarde y resulta que ya ha vuelto y responde ella directamente, como la otra vez, qué desastre. Debía de acabar de llegar a casa y no le había dado tiempo a desconectar el contestador, así que cuando sonó el teléfono comenzó a responder su voz, pero unos instantes después se interpuso ella, en el momento en el que yo ya estaba escuchando aquella entonación un poco lóbrega, sombría, severa... Qué desagradable e incómodo fue cuando se interrumpió aquel fluir, sosegado, controlado, porque ella se entrometió indiscreta, presurosa, grosera... «¿Quién es?». Ni siquiera era una verdadera voz, sólo un chapuceo entrecortado, como el de quien resopla o jadea o grita cuando le pisan un pie. Eso no era hablar.

Una verdadera voz, consciente, necesaria, es sólo la grabada, igual que una verdadera palabra es sólo aquella que se escribe sobre el papel, a solas en nuestra habitación, tranquilos. Allá afuera, al otro lado de la ventana, el cielo está vacío, se destiñe como un rostro cada vez más pálido, el sol ha desaparecido y toda la sangre se ha filtrado, ya no queda nada... En lo alto, sobre el angosto patio entre las casas, el cielo es un rostro de mármol; también el papel es blanco y las palabras están allí, negras y azules, en hermosa caligrafía, las palabras verdaderas, silenciosas, ordenadas, que nada tienen que ver con las que se desatan entre la aglomeración de la gente y de las cosas. Y así sucede con la voz pura grabada en el contestador, escandida como una música, libre.

Qué tardes tan largas, inmensas, escuchando las voces verdaderas, atento para no dejarme embelesar por ese encantamiento, hasta el punto de hacerme olvidar la hora en el reloj y dejarme sorprender por las falsas. Afortunadamente las descubrí a tiempo, las voces. Fue cuando conocí a Laura, la conocí finalmente, la vi en la oficina, en el tercer piso, en la división de Incendios, cuando se disponía a registrarse. Alta, casi torpe con esa forma de caminar un poco desequilibrada, la cabeza un poco ladeada hacia el hombro, el cabello y los ojos negrísimo que miraban intensos y ansiosos, ardientes.

Había un temblor en esos ojos, pero también mucho atrojo, el indómito arrojo de un niño solo en la noche... Fui tras ella, vi el registro con su nombre y apellido, Laura es un nombre tierno y sombrío, sombra de follajes y de hojas, de un abrazo que te estrecha la cabeza y los ojos contra el seno...

Así que la busqué en la guía telefónica y la llamé. Respondió el contestador, una voz absorta, inapelable, un tribunal por el que te sientes juzgado y eres feliz por ello. Yo, después del bip, no dije nada, como se podrá comprender. Aún no me sentía listo para hablar verdaderamente. Sí, en la oficina o en la calle me desgañito, rezongo, murmuro, grito hasta rasparme la garganta y toser, pero eso no es hablar.

Colgué el teléfono, como era debido. Al día siguiente la volví a ver en la cafetería de la oficina, situada en el segundo piso, cerca de la dirección de La división Vida. Me escapé de milagro, una suerte increíble. Medio minuto y quién sabe qué habría ocurrido, me hubiera derrumbado; mientras me iba acercando, excitado, pensando en qué decirle, ella se volvió hacia el mostrador y dijo: «Una Coca». Y mientras la miraba estupefacto, aterrorizado ante ese tono chillón, petulante, ella agregó, cogiendo la lata con la mano: «Okey». Grosera, la boca muy abierta, pronunciando amplia y vulgarmente aquellas vocales indecentes como el aliento de quien no utiliza cepillo ni pasta de dientes.

Ella seguía allí, con su Coca Cola, en la eternidad de su miseria, y yo, casi de un salto, ya había llegado al teléfono de la esquina de la cafetería, la moneda había caído en el aparato como quien llama aun ataque. El puente levadizo baja y el caballero salta al campo aceptando el reto, y yo ya había marcado su número. Y en el otro extremo estaba Laura, la verdadera voz de Laura, encantadora y fluida como una ola, diciendo que no estaba en casa e invitando a dejar un mensaje. Y mientras tanto la veía frente a mí, a pocos metros, y escuchaba las palabras que le decía a un compañero, el tono altanero, un poquito más alto de lo adecuado, falso. Compadecía al joven que intentaba hacerse el chistoso con ella, porque él sólo tenía un simulacro y en cambio yo tenía a la verdadera Laura, tenía su voz, su alma inmortal, inviolable por la miseria de la ronquera, del resfriado, de la sofocación, del cansancio.

Son las voces las que cuentan. Es más, sólo ellas existen. Los cuerpos parecen armar mucho alboroto y ocupar mucho espacio, pero tan sólo son

sombras que desaparecen cuando cae el sol. Basta mirar a la hora de la salida de las oficinas. Todos esos empleados que se dispersan desde el portón central parecen quién sabe qué, una multitud que bloquea todo, pero apenas salen se desperdigan como pedazos de papel que se lleva el viento, desaparecen detrás de las esquinas e inmediatamente las calles vuelven a estar desiertas.

Los cuerpos se desvanecen, los de las mujeres ni siquiera existen, si las abrazas lo que te queda entre las manos es aire, como cuando quieres apretar las tetas de esas divas del cine en los carteles. Grandes y firmes como melones, pero que se escapan entre los dedos, basta un poco de lluvia y esos carteles se despegan y se despedazan, piernas y senos y traseros hechos jirones por el viento que los dispersa, y quién te ha visto y quién te ve, una verdadera estafa. Cada vez que he puesto la mano encima de una mujer no he tocado nada, nada de golosas rotundidades, sólo la aplanada y lisa superficie del cartelón publicitario. Los cuerpos no existen, es un truco como en el parque de atracciones o en el cine, cuando te ponen las gafas 3D parece que ves un montón de cosas, pero si te quitas las gafas te das cuenta de que todo es una farsa Yo me las quité inmediatamente, soy el único que anda por ahí sin gafas. Afortunadamente todos los demás, que las llevan pegadas a la nariz, no se percatan de ello.

Las voces están por todos lados, son reales, corpóreas; llegan de todas partes, asaltan, se repliegan, fingen que se retiran y de repente vuelven a salir, resuenan en la cabeza, basta con doblar la esquina y todo es una batahola de berreos y susurros. El otro día tiré un pedazo de papel en el bote de basura, yo soy una persona educada; al levantar la tapa, también ahí dentro todo era un jolgorio de gruñidos, murmullos, sonrisas sarcásticas. Cerré la tapa y me alejé con tranquilidad de allí, no soy de los que se asustan fácilmente; ya conozco el mundo, sería como sentir miedo del tráfico provocado por todos esos automóviles que salen a toda velocidad de todas partes; sin embargo, admitámoslo, en la hora punta te acobardas un poco.

Pero uno no se debe dejar engañar, éstas no son las verdaderas voces, es imposible que las personas hablen así. Laura, por ejemplo, no puede hablar como cuando se la escucha decir algo en la cafetería; quieren hacérselo creer, para que sintamos animadversión hacia las mujeres y luego hacia todo lo demás, para quitarnos la vida verdadera y obligarnos a vivir en este lodazal

y en esta mugre, pero no hay que caer en la trampa. Si se cede, si uno permite que se lleven nuestro gusto por las mujeres, por las voces y por el mundo en general, se deviene un siervo y un cómplice de la servidumbre. El mundo es real, vasto y rico, lleno de voces verdaderas, de mujeres,

Yo he tenido muchas mujeres, voces de mujeres verdaderas, no esas muñecas que ves y escuchas que andan por allí en la calle. Bellísimas, diferentes, ásperas, tiernas, desafiantes, tímidas. Por caridad, no me estoy vanagloriando, además, no hay nada de qué jactarse, el catálogo de don Juan es odioso; todos los catálogos son estúpidos, porque cada voz es única e irrepetible y vale muchísimo más que el cortejador que las espía. Humildad, eso es lo que las voces nos enseñan.

En efecto, si de algunas virtudes me siento orgulloso, es de la humildad y la paciencia. Se necesita método. Ante todo —aunque es tan fácil que no vale la pena hablar de ello— se tiene que conseguir el número de teléfono. Obviamente, sin pedirlo directamente. Luego es necesario estudiar los horarios adecuados, para estar seguros de telefonar cuando no están en casa. Verificar horarios, costumbres, entradas y salidas, intervalos de las comidas, la articulación de los días laborables y los festivos. Es muy desagradable llamar a una voz y escuchar que la que responde es una persona grosera y descuidada; es como entrar en el baño y ver a la amada sentada en el escusado, no es algo hermoso.

No es suficiente con conocer sus horarios; si vive con alguien, se debe tener cuidado de telefonar a horas en las que no sean los otros los que respondan, si no, se tiene que colgar el teléfono, y eso es una vulgaridad. Sí el esposo o el compañero son los que responden, se ponen celosos por algo tan insignificante como eso, y no es justo tener que mortificar a nadie. Yo no soy celoso, no me interesa quién vive con ellas, así como no me interesa la gente que está a su alrededor en el metro; igual, no las escuchan jamás como yo, están excluidos de su intimidad. Sí responde uno de esos pobres que vive con ellas, me avergonzaría quedarme callado mientras el sujeto pregunta quién habla; me parecería que soy un maníaco que molesta a la gente.

Callar mientras habla su voz, la voz de una de ellas, es diferente; incluso cuando la grabación ha terminado me quedo escuchando el silencio que sigue. ¿Y qué podría decir, incluso si tuviera ganas? Cuando el sol cae detrás de esos edificios grises y por un instante las ventanas se encienden por doquier como

las luces del árbol de Navidad, o cuando se escucha un Lied de Schubert, uno no se pone a hablar, inclina la cabeza y se calla.

Lo peor de todo y por eso se debe tener la seguridad absoluta de que no están en casa es si ella ha regresado y se ha olvidado de desconectar el contestador, como precisamente me sucedió el otro día. Comienza a responder la verdadera ella, y la escuchas feliz, atento para no perderte ningún detalle, y luego de golpe, tac, alguien, la otra, se entromete y sientes un agresivo y enfadado «¿Quién es?». Me ha sucedido dos veces y en particular con el 283770 ha sido un verdadero shock, como un bostezo mientras se hace el amor. Ésa es una voz lejana, ausente, que llega del mar. He pasado las horas más bellas de mi vida escuchándola y un día esa melodía, familiar, y siempre nueva, se interrumpió. Debí de regresar por alguna razón imprevista, ella tan regular y rutinaria y se entrometió groseramente con un desgarrado «¿Síiiiiii?». Ya no la volví a llamar jamás; cuando una historia termina, termina.

No suelo llamar una sola vez, ¿para qué ser tan severo con uno mismo y negarse la felicidad? Llamo, escucho, vuelvo a colgar, vuelvo a marcar. En cada ocasión encuentro que hay algo diferente, un matiz imperceptible que a todos se les escaparía, pero no a un amante como yo; una demora levemente más prolongada, una dulzura más detenida, una palabra que resuena en el corazón un poco más, una expresión más decidida o caprichosa. En cada ocasión es diferente. Escuchemos de nuevo el 276504.

«I'm happy again singing and dancing in the rain, I'm dancing and singing in the rain... Has llamado al 276504. Lo siento, pero no me encuentro en casa. Si quieres, puedes dejar un mensaje después del bip. Gracias y adiós».

Eso es, esta vez encuentro una pequeña mentira. De toda la frase, solamente es verdad el adiós; pero veo que lo dice con ese aire impertinente, en la cama, con una de sus largas piernas jugando con las frazadas. Se nota de inmediato que no le disgusta en absoluto, como sucedía hace poco, y a quién le importa. Es inútil que me digan que siempre es la misma grabación, también yo lo sé, pero... Eso es, es como mirar una fotografía. Siempre es La misma, pero cada vez emerge y desaparece algo nuevo; ahora aparece una cierta melancolía en esa arruga de la boca que antes sonreía, y que todavía sonrío, se sobreentiende, la fotografía es ésa, pero como la vuelves a mirar observas un crispamiento doloroso en aquella sonrisa, una línea más hundida, una sombra

más aferrada.

Y ahí precisamente, en esa figura, algo cambia mientras la miras. Una vez, en la oficina, me hicieron un test: fue interesante y el psicólogo era un poco provocador, pero afable. En cualquier caso mejor que el otro, tan arrogante, con sus caramelos blancos y nauseabundos. Ese psicólogo me mostró un dibujo y me dijo que lo mirara un buen rato; durante un momento vi una copa negra sobre un fondo blanco y luego, de repente, dos caras, dos perfiles que se miraban sonrientes, y allí precisamente, en el dibujo, algo se disparó y cambió, fue como un centelleo, un pasaje. El psicólogo también me dijo que precisamente por eso se llaman dibujos biestables. También cuando miras el cielo en invierno, todavía claro, una luz en el oeste que oprime el corazón y los árboles negrísimo contra esa luz, la miras y todo está estático e igual, el cielo vacío y claro, una luz inextinguible que nunca se apagará porque es un color que se enciende desde dentro del aire; y de golpe, en un instante, anochece. Algo ha cambiado en el cielo, en los árboles y en las ramas; siguen estando allí, pero no son los mismos.

Y una voz, además, una voz de mujer... es como ese cielo cóncavo, diáfano, no se termina nunca de caer allí dentro, de precipitarse sin poder alcanzar<sup>1</sup> el fondo. Todos los días llamo al 326429, tres veces al día, excepto los domingos y otras fiestas; por la mañana después de las ocho y media, justo después de salir, hacia las once, y a media tarde. Cada vez me parece haber tocado el fondo de esa voz, el blando lecho del río en el cual las palabras se apagan en un murmullo, susurro de aguas en la noche, dulce oscuridad de mares antiguos, Por un instante, pero tan sólo lo que dura un instante, me parece acordarme de tiempos remotos, de cuando era un pez y jamás había atisbado costas y debieron de pasar miles de milenios antes de que existiesen los pescadores, o de cuando no era un pez. pero casi, y nadaba en aguas dulcísimas y oscuras y escuchaba una voz de mujer que era ese mar en el cual nadaba y esa voz era esa misma agua y era todo.

Pero nunca toco el fondo: cada vez caigo más hondo, el 326429 tiene tantos estratos. Clara, oscura, descarada, que te provoca para luego cerrarte la puerta en las narices; en determinados momentos es como para darle de bofetadas, como ocurre a menudo con las mujeres. Pero luego, sin embargo, uno se da cuenta de que también tiene ternura, la magnánima piedad de una verdadera mujer hacia un hombre, que siempre es un niño, Y es sólo en ese

momento, cuando se escuchan por teléfono esas voces grabadas, es decir, dirigidas a todos, absolutas y universales, más allá de cualquier asuntito privado, cuando uno realmente entiende qué es una mujer, María con el niño en su seno. Todo lo contrario a esas fantoches que andan por la calle, coquetas o escandalosas, presumiendo de sabihondas o pelmazas, que hacen que se te caiga el alma al suelo.

También el 722816 es diferente en cada ocasión. Descarada, sumisa, resentida, indulgente. La conozco mejor de lo que se conoce ella misma, porque ella no se escucha al teléfono; ha grabado ese mensaje, pero no sabe todo lo que hay dentro de él: las melancolías las angustias la insolencia la vanidad... Ella, además, tiene una verdadera manía por cambiar con frecuencia el texto de la grabación, quién sabe por qué. A decir verdad, estos cambios externos me interesan muy poco, son irrelevantes respecto a esos cambios inconscientes, vertiginosos, escondidos en la repetición del mismo mensaje, esas pausas que de improviso se hacen cada vez más profundas, como oscuras fisuras del terreno, fosas en las que se mete el pie y se cae hondo hondo hondo al fondo de las tinieblas de esa voz, en la cavidad de la garganta, en la oscura caverna... o ese temblor que vibra de vez en cuando en una palabra, en el silencio, y todo alrededor se detiene, el mundo se queda pasmado y suspendido, enorme, vacío...

En cualquier caso, es mi deber poner especial atención a esos cambios pueriles. Ayer, por ejemplo, decía: «No estoy en casa, déjame un mensaje o, si se trata de algo urgente, llámame al 352786». Crispada, como si hablase directamente, en la insignificancia de la conversación inmediata. Esta mañana, en cambio, era lenta, escandida, labios enfurruñados, boca lista para besar. «Este es el 722816. Llámame más tarde o di quién eres». La escuché tres veces seguidas, esta invitación despótica e imprudente. Algunas veces la música viene antes, algunas veces después y otras veces no hay música. ¿Por qué estos cambios, todas estas grabaciones, supresiones, selecciones de textos, nuevas grabaciones? ¿Acaso ha decidido dirigirse a un interlocutor diferente, desconocido, pero diferente, que requiere de otro tono? Pero cómo se permite hacerme sufrir de esta manera, ¿quién podría llamarla, además, un maníaco? Nuestra historia dura desde hace años y un recién llegado no tiene derecho a entrometerse; no es justo, no permitiré que me la arrebatan.

Todos me arrebatan todo, el cuchillo del carnicero corta la carne pedazo a



pedazo y las madres acuden allí para hacer la compra para sus niños, en fila y esperando su turno entre ese olor a sangre, ¿cómo pueden pensar en la cena de Navidad entre esas carnes que cuelgan descuartizadas? Para mí es igual, cada vez responden menos el teléfono y cada vez un pedazo de mí cae y desaparece en ese vacío. Que se dejen abordar en la calle, si les parece bien, esas vulgaridades no me conciernen, pero que no permitan que las llamen cuando no están en casa.

Pero sé cómo vengarme, cómo pagarles con la misma moneda. Las mujeres no me faltan, si una me traiciona fácilmente llamo a otra. También tengo un cuadro con los horarios adecuados. Al 482781 sólo se la puede llamar por las tardes, porque comienza a trabajar a las 14 horas; el 253612 es más complicado, turnos alternos, lunes, martes, miércoles por la mañana, y los otros días por la tarde, incluso el sábado, porque sale a hacer las compras de la casa. Pero es arriesgado, una vez estaba en casa y de inmediato colgué. Me lo merezco, porque nunca hay que estar demasiado seguro, cuidado con volverse mecánicamente rutinario y dar por descontado que también ella tendrá ganas precisamente cuando tú las tienes; amar quiere decir respetar, no considerar nada como un deber, sino adecuarse con delicadeza al estado de ánimo de quien se ama.

Del 391529 me harté, es una criatura desordenada, sin horarios fijos; nunca sabes qué esperar de ella, no puedo estar pendiente de todo y la abandoné. También porque, excluyendo el 276504, el 572441, el 326429 y el 722816, que viven solas, en otros casos también debo tener en cuenta los horarios del esposo o del compañero: con el 695723, además, incluso el horario de su madre, una anciana que invariablemente grita en el auricular. Además, no es justo que siempre sea yo el que tenga que adaptarse a los demás; también yo tengo derecho a decir lo que pienso y a llamar cuando me venga en gana, no se puede mandar sobre el deseo.

A veces me molesta llamar al 482781 a media tarde: es una hora que a mí no me conviene, pues digiero mal. La comida se me queda en el estómago y regurgito, puedo sentir el ácido en la boca y en el corazón, y no es el momento adecuado para hacer la corte; preferiría estar frente a la ventana mirando la ropa interior colgada y batida por el viento, durante horas, mientras el muro del patio muda lentamente de color.

También la del 276504 es muy exigente. Siempre impone la hora en la que

quiere que la llamen; para mi es una hora desastrosa, pero cómo se la puede desobedecer, una vez que escuchas ese «hola», estás perdido. Así que la llamo incluso si no tengo ganas. Otras veces, en cambio, me vienen unas ganas irresistibles de llamarla, de llamarlas a todas. Me sucede por la mañana, tras horas y horas de insomnio. Es atroz no dormir, los cristales se blanquean como espuma que navega sobre aguas negras. Ojalá pudiese llamarlas en ese momento, pero ellas todavía están en la cama, arropadas y pesadas, bajo las sábanas se percibe un olor a establo, y a esa hora el contestador no está conectado, y sólo escucharía las voces hinchadas de sueño, gruñidos de cerda, y todo habría terminado. Así que no me queda más remedio que seguir dando de vueltas en la cama y esperar que llegue la hora de ir a la oficina, al colegio o al mercado, y mientras tanto el deseo ya hasta se ha pasado; antes me sentía todo tenso y ardiente y ahora levanto el teléfono así, por costumbre, porque soy fiel, pero si ninguna respondiese sería mejor.

También porque más tarde, en la oficina, el que debe responder el teléfono soy yo, pasar los avisos, dar informes, coger recados, levantar con la izquierda un auricular mientras con la derecha sostengo aquel con el que ya estoy hablando, luego suena un tercero y me lo encajo entre la oreja y el hombro, otras llamadas, es horrible, voces que retumban por todas partes, cada uno piensa que es el único y pretende que yo esté por completo a su servicio, voces arrogantes ávidas estridentes tórpidas, algo me estalla dentro...

Incluso si mis voces, las verdaderas, me llamaran todas al mismo tiempo sería horrible, como en un harén en el que todas se te echan encima y ni siquiera has comenzado y ya tienes que parar porque hay otra llamada.

Sólo un eunuco puede sentirse a gusto en un harén. Por la noche, cuando doy vueltas en la cama, escucho todos estos timbrazos, lanzas que perforan el cerebro, el taladro del dentista, me levanto y me trago dos o tres pastillas, pero es inútil, todo suena.

Por eso solamente las llamo a los contestadores: ¿cómo podría llamarlas directamente, tratarlas como el mundo me trata a mí? Yo respeto a las mujeres, respeto a todas, incluso a aquellas que no me gustan: nunca me permitiría entrar en sus cabezas, el timbrazo es una violación, desgarrar e invade, es horrible. Yo a los violadores les daría la pena de muerte y no me vengan a decir que ya no podían aguantarse más; no lo creo, el deseo languidece muy

fácilmente, además, si hubiera sido así. se habrían podido calmar solos en el baño. No es agradable, pero siempre es mejor que violentar a los demás y telefonar cuando no se lo esperan, sorprenderlas y saltarles encima.

La otra noche, mientras daba vueltas en la cama tapándome los oídos con las almohadas y todo a mi alrededor repiqueteaba zumbaba y gritaba, entendí que debe de haber sucedido algo monstruoso y que no nos hemos dado cuenta. No era un sueño, no, ojalá hubiera soñado, porque eso significaría que por lo menos había dormido y una pesadilla, siempre que sea con los párpados cerrados, es mejor que estar despierto y mirar con los ojos como platos. Entendí que el mundo es una inmensa central telefónica y desde allí se gobierna todo. Dios se ha marchado y alguien ha ocupado su lugar, el señor de las tinieblas y del estruendo, el mal es ruidoso, un fragor; en efecto, los santos oran en silencio, no perturban a nadie y no llaman por teléfono a nadie. Desde allí alguien llama sin tregua. Llama para acosar, ordenar, atormentar, para impedirnos respirar, oler; palpar, probar, amar.

Pero no me he dejado llevar por el pánico, me he defendido. Corté los cables del teléfono, primero los de la casa y luego los de la oficina; igual, para llamar a mis voces sólo tengo que bajar a la cafetería de enfrente. Pero he esperado demasiado y ya es tarde; alguien, la última vez que dormí, ya no recuerdo cuándo, debe de haberme abierto la cabeza y conectado los cables del teléfono directamente en mí cerebro, de hecho todavía tengo la cicatriz, aquí la tengo, debajo del cabello. Y también en la oficina, al día siguiente, los cables volvían a estar conectados, todo funcionaba y sonaba de nuevo.

A mí me gusta llamar, no que me llamen. Soy respetuoso, ya lo he dicho, pero soy un hombre y no renuncio del todo a tomar la iniciativa. Sé esperar, esperar el momento adecuado forma parte de la experiencia; el que sabe, no se lanza a fondo como un jovencito, pero de todas maneras yo quiero ser el que llame. Sería tan hermoso si nadie llamase, nunca, un mundo silencioso, de paz... Y yo, sólo yo, marcando los números... Pero también allá, al otro lado, comienza a suceder algo, la emboscada está en todas partes. Hace tiempo marqué el 281531, siempre tan cariñosa, aterciopelada... La llamé a las nueve, la hora adecuada, y en efecto no estaba. Pero quien me respondió no era la voz, era otra cosa, metálica, asexuada, neutra: «HA-LLA-MA-DO-AL-NÚ-ME-RO-28-15-31-POR-FA-VOR-VU-EL-VA-A-LLA-MAR-DES-PU-ÉS-DE-LAS-DOS-DE-LA-TARDE...».

Me enteré de que se llama répondeur. No se graba, no se registra la voz, se presionan unas teclas, unos números, y ya sale hecha... No, no es una voz, pero habla, una garganta de metal, un respiro que se monta y desmonta como piezas de un mecano, una muñeca gélida como la barandilla del jardín público en invierno, que cuando la tocas, es más, sólo con veda, da escalofríos, También, los cristales siempre cerrados de mi ventana están muy fríos todo el tiempo, no sé cómo fueron a parar allí, quién los pondría allí; hubo una vez, estoy seguro, en que no estaban, era verano, siempre era verano, las ventanas estaban abiertas y uno podía asomarse desde el alféizar.

Es otra de las intrigas de aquel hombre que está allá, el de la central, pura envidia por las cosas bellas que he tenido. Hace lo imposible por destruirme, trucos, emboscadas... Sólo Dios sabe cuántas emboscadas y heridas he padecido, con cuánto trabajo me he salvado una y otra vez. Como en ese aguazal, me hundía y me perdía, ya me había perdido, ya no me encontraba; en ese diluvio, las calles entre las casas, en lo alto sobre los techos, eran torrentes de primavera, ríos crecidos que precipitaban y arrastraban todo. Me habían llevado lejos, pero lo logré, fingí estar muerto y cuando las aguas se retiraron todavía estaba allí, inmóvil; abrí los ojos, es más, le guiñé el ojo a ese cielo limpio, vaciado de las aguas, a ese estúpido sol que se había quedado allí como una esfera encallada al bajar la marea.

Y muchas, muchas otras canalladas. También han eliminado la parada del tranvía frente a mi casa, y ahora tengo que ir a la oficina a pie. En invierno hace frío, la nieve moja calcetines y zapatos y congela. Los autobuses se detienen donde les viene en gana, todos los días cambian las paradas, así que resulta inútil estudiar el recorrido; es mejor analizarlo bien para entender adonde lo pueden cambiar, adivinar su lógica y llegar al lugar correcto cuando ellos creen que te han mandado a una parada recién suprimida.

Una vez me topé con una banda completa de esos sinvergüenzas que fingían que abrían las alcantarillas y me hicieron dar una vuelta más larga, diciéndome que por allí no se pasaba. Yo estaba por romperles el hocico, luego entendí que eso era lo que querían y no caí en su juego. Sonreí, les hice una reverencia y los llamé caballeros, para mantenerlos a raya; ellos reían, creían que yo no había entendido nada, y cuando se dieron cuenta de que había frustrado su engañifa ya era demasiado tarde, ya me encontraba fuera de su alcance. Di una vuelta grande, muy larga, la oficina cada vez quedaba más

lejos, el centro de un círculo inmenso, un inmenso círculo de nieve, me esperaban, allí en el centro, ya listos para la emboscada, pero yo di unas vueltas cada vez más amplias, unos círculos enormes, los rodeaba, los había sitiado, los tenía en mis manos.

En resumen, no lograban abatirme. Tenía las voces y ellas me ayudaban, me sostenían. Quien no lo ha sentido no sabe cómo el amor ayuda a afrontar las dificultades. Una mujer que está cerca de ti, que cuando estás agitado te habla con el tono adecuado, con esa sonrisa alentadora que sólo ellas tienen, eso lo es todo. Han comprendido que, mientras esas mujeres estuvieran conmigo, no tenía miedo de nada y nada podían hacerme. Y ahora me las quitan una a una. Quien responde es solamente esa voz inhumana, ese metal que habla, y en tono burlón también le han dado ese hermoso nombre francés, *répondeur*, en la lengua de la seducción. No quiero ese metal átono y chillón; quiero las voces, a las mujeres, incluso las ordinarias de carne y hueso, pero ya es demasiado tarde para llamarlas, incluso el adiós del 276504 ha desaparecido, ha sido suplantado por ese graznido metálico. Sabía que tarde o temprano también el amor tenía que terminar, todo termina y no aspiro a la eternidad, pero ha terminado demasiado pronto, y de golpe; un pobre diablo debería tener derecho a hacer de vez en cuando una llamada telefónica.

Entonces decidí sabotear esos armatostes —me niego a llamarlos con ese falso nombre francés altisonante—, y comencé con el 276504. Sabía cuándo no había nadie en casa e intenté entrar para destruir el artilugio, ese pérfido encantamiento; habría liberado a la princesa prisionera y habría reencontrado su voz. Pero me descubrieron cuando trepaba por el balcón; la portera debía de ser su cómplice y los había llamado, ya me estaban esperando preparados, debí de haberme imaginado que era una trampa. Se me vinieron encima, pero yo cogí una piedra y asesté golpes a diestra y siniestra, me abrí paso y me escapé a esta cabaña en el bosque; me lastimé un poco pero no importa, sólo es algo de sangre, mía, eso creo... El bosque es profundo y no me encontrarán, que crean que me atraparon, mucho mejor. Cuando caiga la noche, caminaré hasta una de esas cabinas telefónicas que están en la calle e intentaré marcar otros números, a lo mejor todavía hay por ahí alguna voz verdadera, lo único que importa es no darse por vencido...

# YA HABER SIDO

Para Luca Doninelli

Así fue como Jerry murió, calma, éste no es el problema, ni para él ni para nadie, ni siquiera para mí que lo he querido y que lo quiero, porque el amor no se conjuga, ¡Dios mío!, en ese sentido sí, sin duda alguna, nada más eso nos faltaba, sin embargo, el amor tiene su gramática y no sabe de tiempos, sino sólo de modos verbales, es más, sólo sabe de uno, del infinitivo simple, cuando se ama es para siempre y todo lo demás queda fuera, Cualquier amor, de cualquier tipo. Mo es verdad que te sucede, nada te sucede, y precisamente eso a menudo es una gran desgracia, pero te la llevas contigo, como la vida, que no es que sea precisamente una suerte, sólo que el amor sobreviene todavía menos que la vida, está ahí, como la luz de las estrellas, a quién le importa si están vivas o muertas, resplandecen y con eso es más que suficiente, y aunque de día no las ves, sabes que están allí.

Así que ya no escucharemos más esa guitarra y calma también por eso. se puede prescindir de todo. ¡Ay Dios, cómo la tocaba! Y cuando la mano le dejó de funcionar, bajó la persiana y renunció a todo. Acerca de esto, no hay nada que objetar. Tarde o temprano sucede y poco importa cómo, de cualquier manera tiene que suceder y a saber cuántos de nosotros de los que estamos aquí esta noche, señoras y señores, seguiremos vivos dentro de un mes, seguro que todos no, es estadísticamente imposible, alguien que está empujando al tipo que está a, su lado y protestando porque el de delante le obstruye la vista del escenario ya ha ido por última vez al barbero, pero calma, no hay mucha diferencia entre un año más o un año menos, no compadezco a quien está a punto tirar la toalla y no envidio a quien sigue adelante ni me interesa mucho saber en qué grupo estoy.

Amén por Jerry, y amén por todos y por todo. Como ya dije, no critico su decisión: cuando uno se quiere bajar del autobús es justo que se baje, y si prefiere dar un salto del autobús en movimiento, antes de llegar a la parada, eso es asunto suyo. Uno puede sentirse hartó, cansado, pensar que ya no puede más o qué sé yo. Pero cuando, viéndolo deprimido porque ya no podía tocar como antes, le dije así, para darle ánimos, que había sido uno de los grandes de la guitarra, él me respondió que no le bastaba con haber sido. Quería ser, poco importa qué, un músico, un enamorado, cualquier cosa, pero ser.

Ah, señoras y señores, en ese momento entendí qué gran suerte es nacer, como yo, o tener un tío o un abuelo o quien sea, nacido en Bratislava o en Leópolis o en Kalocsa o en cualquier' otro agujero de esta ajada Mitteleuropa, que es un infierno, una verdadera letrina: basta con sentir ese olor a rancio, ese hedor que es el mismo desde Viena hasta Chernivtsi, pero por lo menos no te impone ser, todo lo contrario. Ah, si Jerry hubiese entendido, cuando la mano ya no le respondía, la gran suerte de haber sido, la libertad, la vacación, la gran licencia de no deber ser más, de no tener más la necesidad de tocar, ¡la salida franca del cuartel de la vida!

Pero quizá no podía, porque no había nacido ni vivido en ese ambiente panónico viciado y espeso como una manta, en esa posada envuelta por el humo en la que se come mal y se bebe peor, pero que está bien cuando afuera llueve y sopla el viento, y afuera, en la vida, llueve siempre y el viento es cortante. Sí, cualquier tendero de Nitra o de Varazdin le podría enseñar a toda la Quinta Avenida —con excepción de aquellos que acaso llegaron allá de Nitra o de Varazdin o de algún otro pedazo de fango panónico—, la felicidad de haber sido.

¡Ah, la modestia, la ligereza de haber sido, ese espacio incierto y frágil en donde todo es ligero como una pluma, contra la presunción, el peso, la desolación, el abatimiento de ser! Por caridad, no estoy hablando de ningún pasado y mucho menos de nostalgia, porque es estúpida y hace daño, como dice la palabra, nostalgia, dolor del retorno. El pasado es horrendo, nosotros somos bárbaros y malos, pero nuestros abuelos y bisabuelos eran unos salvajes todavía más feroces. Ciertamente no quisiera ser, vivir en su época. No, digo que quisiera siempre haber sido, estar exento del servicio militar de existir. A veces una pequeña lesión es salvadora, te protege de la obligación de participar y de perder el pellejo.

Ser hace daño, no concede tregua. Haz esto, haz lo otro, trabaja, lucha, vence, enamórate, sé feliz, debes ser feliz, vivir es esta obligación de ser feliz, si no, qué vergüenza. Sí, haces todo lo posible con tal de obedecer, para ser capaz bueno feliz como es tu deber, pero ¿cómo se hace? Todo se te viene encima, el amor se desploma sobre tu cabeza como un pedazo de comisa del techo, un golpe feo o peor, caminas pegado a las paredes tratando de evadir esos automóviles pero las paredes son quebradizas, piedras puntiagudas y cristales que te desuellan y te hacen sangrar, estás en la cama con alguien y por un instante entiendes lo que podría ser y debería ser la vida verdadera y es un estallido insostenible recoger la ropa tirada en el suelo, volver a vestirse, marcharse, salir, afortunadamente cerca de allí hay una cafetería, qué bueno es poder tomar un café o una cerveza.

He ahí que. por ejemplo, beber una cerveza es una manera de haber sido. Estás sentado allí, observas cómo se va evaporando la espuma, una burbujita cada segundo, un latido del corazón, un latido menos, reposo y promesa de reposo para un corazón cansado, todo lo cargas sobre tus hombros. Recuerdo que la abuela, cuando íbamos a visitarla a Subotica. cubría con un paño las salientes de los muebles y quitaba una mesa de hierro, así nosotros los niños no nos hacíamos daño cuando al correr por la casa nos lanzábamos contra ellos, y también cubría los enchufes de la luz. Haber sido es esto, vivir en ese espacio en donde no hay salientes, donde no te raspas las rodillas, donde no puedes encender la lámpara que te lastima los ojos, donde todo está detenido, fuera de juego, sin ninguna emboscada.

Ésta es, señoras y señores, ésta es la herencia que hemos recibido de la Mitteleuropa. Una caja fuerte, vacía, pero con una cerradura que desalienta a los ladrones deseosos de meter dentro quién sabe qué. Vacía, nada que atrape el corazón y muerda el alma, la vida está allí, ha sido, segura, protegida de cualquier accidente, un viejo billete sin valor de ciento veinte coronas que cuelga en la pared, protegido por un cristal, y no teme ninguna inflación. También en una novela, lo más hermoso, por lo menos para quién la escribe, es el epílogo. Ya ha sucedido todo, ha sido escrito, resuelto, los personajes viven felices y contentos o están muertos, es lo mismo, en todo caso ya no puede suceder nada más. El escritor tiene el epílogo entre sus manos, lo relee, puede que cambie una coma, pero al abrigo de cualquier riesgo.

Todo epílogo es feliz, porque es un epílogo. Te diriges hacia el balcón, un



poco de viento pasa entre los geranios y Las violetas del pensamiento, una gota de lluvia resbala sobre el rostro, si llueve más fuerte te gusta escuchar el tamborileo de las grandes gotas de agua sobre la cortina, cuando cesa, caminas dos pasos, intercambias unas palabras con el vecino con el que te topas en las escaleras, a ninguno de los dos le importa lo que se dice pero es agradable detenerse un momento y desde la ventana del rellano ves ahí abajo, hacia el fondo, una franja de mar que el sol, que sale de entre las nubes, enciende como una llama. «La próxima semana vamos a Florencia», dice el vecino. «Ah, sí, es muy bonito, ya he estado». Y así uno se ahorra el esfuerzo del viaje, las colas, el calor, las multitudes, el tener que buscar un restaurante. Dos pasos en el aire de la noche refrescada por la lluvia, luego a casa. No hay necesidad de cansarse demasiado, si no, uno termina por agitarse y no logra conciliar el sueño. Y el insomnio, señoras y señores, créanme, es terrible, te aplasta te ahoga te acosa te persigue te envenena, eso es el insomnio, es la forma suprema del ser, ser = insomnio, por eso es necesario dormir, dormir es sólo la antesala del verdadero ya haber sido, pero entretanto ya es algo, un respiro de alivio...

«Se dice fácil cuatro vidas, una vida, pero si es sólo levantarse, dormir, rascarse las picaduras de mosquito, partirse el lomo, amarrar la barca, cambiarse la camisa y, mientras tanto, ¿adónde ha ido la vida?», se pregunta el narrador de «El Conde», magistral relato largo de Claudio Magris que da nombre a este volumen, en el que se reúnen por primera vez en forma de libro los cuatro cuentos que lo conforman. Y es que mientras asiste al vanidoso Conde en su noble tarea de extraer cadáveres que flotan olvidados por un río, aprecia de cerca la contradicción implícita en alguien que obtiene fama y honores por su devoción y entrega hacia los muertos, mientras se muestra cruel e implacable con los vivos, en particular con las mujeres, puesto que «es de estúpidos ocuparse tanto de ellas, sólo los muertos merecen ser tomados en serio».

En cambio, en «La portería» Magris retrata a un entrañable anciano que debe engañar a su familia para poder alejarse de ese «abstracto sí mismo que a veces le parecía un simple homónimo», para poder encontrar la tranquilidad ahí donde la sociedad y sus estrictas reglas relativas a la vejez en apariencia se lo tendrían vedado. Y si en «Las voces» asistimos a la progresiva obsesión de un hombre que sólo admite relacionarse con mujeres a través de las voces que registran en sus contestadores telefónicos, en «Ya haber sido» escuchamos como una hermosa letanía el goce implícito en la idea de no existir más: «¡Ah, la modestia, la ligereza de haber sido, ese espacio incierto y frágil en donde todo es ligero como una pluma, contra la presunción, el peso, la desolación, el abatimiento de ser!».

Los personajes de Magris vislumbran o intuyen el fondo trágico de la vida sin apenas luchar contra su destino. Encarnan una aceptación impávida de aquello que los hace humanos y se convierten en una especie de espectadores de su propia existencia: disfrutan y padecen, pero siempre con la conciencia de que las cosas son como son y no de otra manera. Sin embargo, incluso el personaje que anhela con toda su alma la quietud de «ya haber sido» es capaz de estremecerse por ese fondo de belleza que está presente en la escritura de Claudio Magris, como si el autor en cada frase quisiera decirnos que frente al inevitable desasosiego de existir al menos nos quedarán siempre «las palabras verdaderas, silenciosas, ordenadas, que nada tienen que ver con las que se desatan entre la aglomeración de la gente y de las cosas».



# NOTAS

<sup>1</sup> Se refiere a un antiguo juego de tiro al blanco en las barracas de feria que se anunciaba como «Tre palle un soldo», en el que a cambio de una moneda te daban tres pelotas o bolas para tirar los perfiles o figuras de personajes famosos, unos simpáticos, otros no. Si se acertaba a tirar la figura del personaje antipático, se terna derecho a un premio. [N. de la T.]